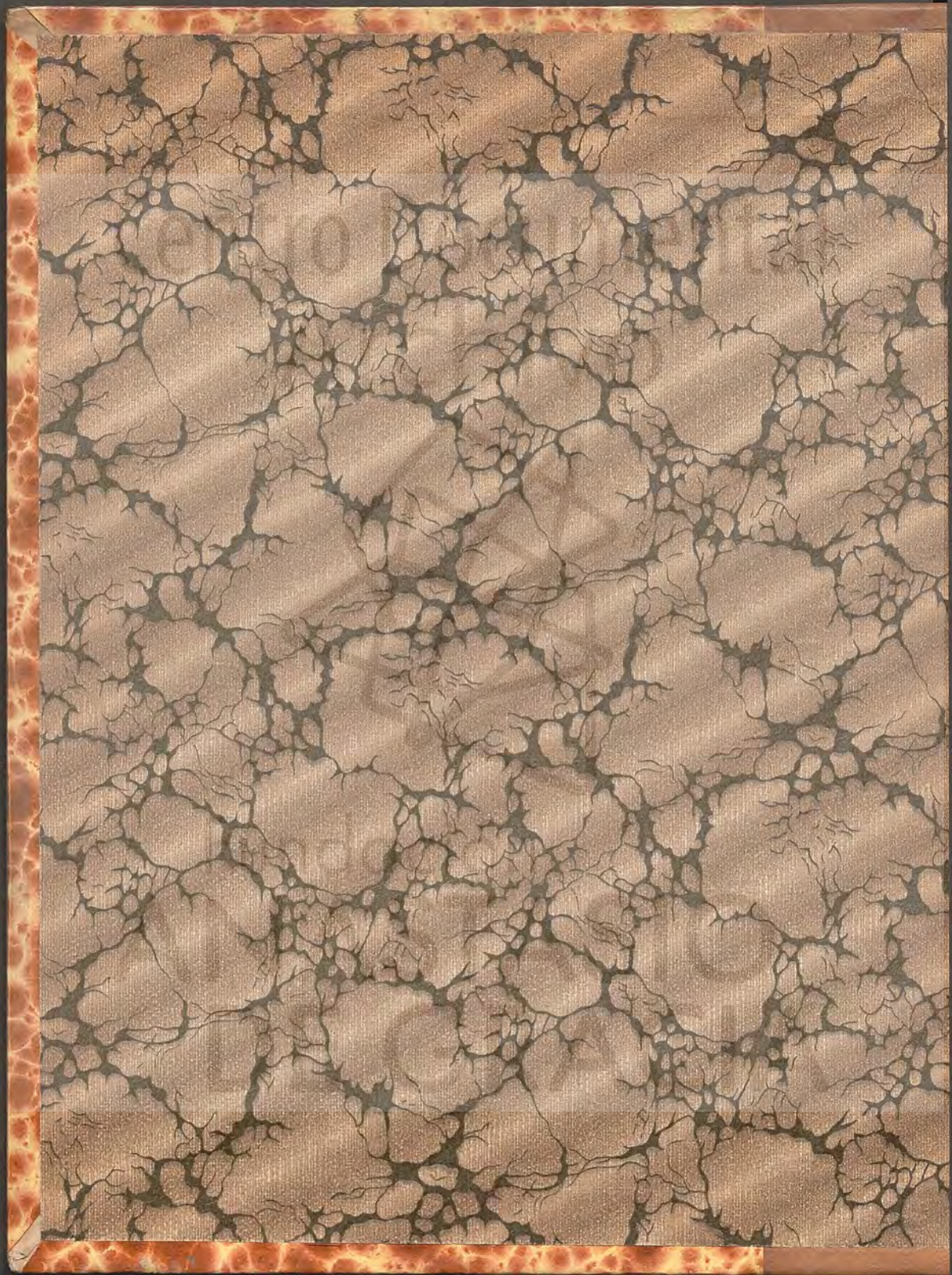
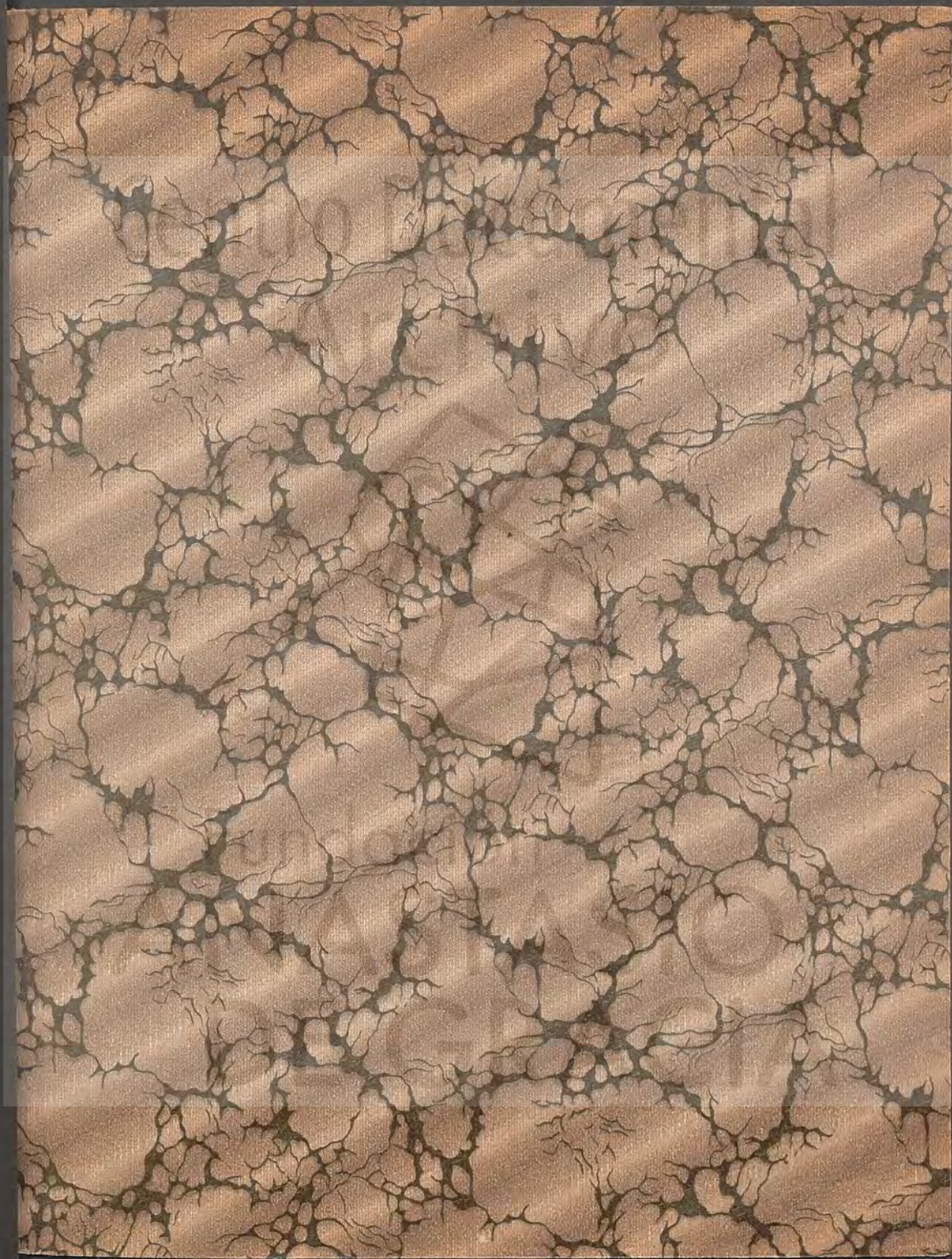


PRINCIPE
JACOB
MAKEDA
REINA VIRGEN

II





Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



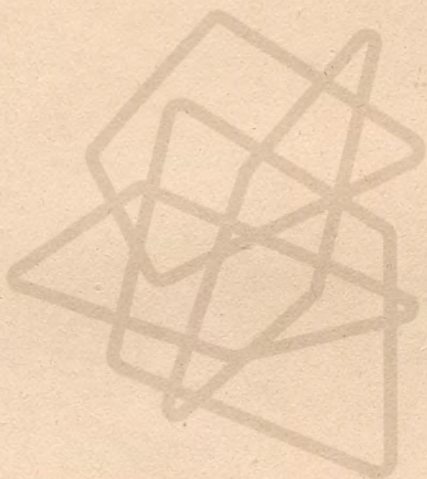
Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



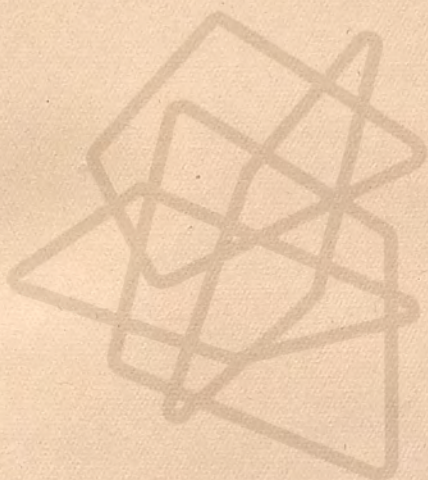
Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Principe Jacob.

Ex-Consejero del Imperio
de Etiopia.

Makeda

Reina Virgen

(La reina de Saba)

version francesa
de

Gabriel de Aubarede

version española
de

Valeriano Casanueva

Tombo. II.

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Makeda Reina virgen

— Segunda parte —

— La mujer —

— I —

La Perla se transforma
en reina de la ma-
-riana.

Se ha preguntado
durante mucho tiempo

por el secreto de la acti-
-vidad prodigiosa de la
reina de Saba. Se ha
comentado de diversa ma-
-nera, su genio, su afición
casi de locura al lujo,
y el frenético apetito de
conquistas, que iba a
hacer de ella, bien pronto
la Imperatrix más pode-
-rosa del universo

Es necesario buscar
la clave del secreto en su
suprimiento profundo; en
el dolor de una separa-
-ción que no la dejaba
ni el recuerdo de un solo

momento de dicha cum-
-plida. Porque los hombres
la habian humillado en
su sexo, ella queria humi-
-llar al sexo orgulloso mos-
-trando a la faz del mundo
lo que una mujer puede
hacer. Y se puso a traba-
-jar con una furia
sombria.

Ympuso sobre toda
la extension de su terri-
-torio una organizacion
de hierro. Dividio el Im-
-perio en cuatro provincias,
administrada cada una
por cuatro grandes jefes

sometidos a su inspeccion directa, vino a ser como una inmensa tela de araña cuyos hilos estaban en su manita constelada. (1).

Quinientos mil hombres instruidos por maestros venidos de Egipto y de Asiria constituyeron en seguida temibles fuerzas

- (1) - sus representantes provinciales (habia en cada distrito un jefe militar, un primer magistrado, un gobernador civil y un director de comercio) debian conformarse en todos sus actos a un código civil y militar conocido por Makeda hasta en sus menores detalles. Eran las "leyes de la Perla" o "de suol demb".

guerreras, provistas de
armas nuevas forjadas
con un metal nuevo,
cuya fórmula de aleación
habiale sido vendida a
Makeda por un amarillo
llamado Adinriam.

Y este fue el ejército
de la «Perla»

Además, un equipo
de treinta mil obreros tra-
abajaba día y noche en
la construcción de una
flota, que debía eclipsar
por su potencia a la fa-
mosa marina fenicia.

Y esta fue la «Flota
verde de la Perla».

Al mismo tiempo activaba la explotación de sus gigantescas minas, y el suelo de Symbien se puso a vomitar oro, en cantidades prodigiosas. A medida que salía de la tierra, artesanos especializados le convertían en redondos escudos con un agujero en el centro.

Y este fue el « Oro de la mujer. »

Mientras, sus navíos iban hasta China, hasta Malasia y hasta la India, de donde volvían cargados

de sederías y de perlas, sus ejércitos ensanchaban por todas partes su reino africano. El territorio se extendió bien pronto, al Norte hasta Egipto, al Sur hasta Villamandchava; por el Oeste comprendió a la Nubia y por el Este llegó al Mar Rojo.

Poseía pues un territorio casi comparable al del Faraván, agencias comerciales tan alejadas como lo permitía el radio de acción de sus navios, y las mejores pesquerías de perlas del

mundo: las de las costas del Mar de Sangre, las de Ceylan.... En sus momentos de descanso se dedicaba a comparar su forma y su oriente hundiendo sus manos en los cofres desbordantes. Era este un recreo de sus ojos y de sus dedos.

Mas nada apagaba aquella sed terrible que la consumia. Osó dirigir su mirada audaz hacia ese misterioso continente que se extiende al otro lado del Mar de

Sangre.

El poderoso Attara reinaba sobre el Yemen perfumado. Makeda le desafió personalmente después de tres años de guerra ininterumpida. La tierra de los aromas se tiñó de sangre, y el rey Attara murió sobre el campo de batalla.

Makeda quiso conocer aquella Arabia sometida a su cetro. Marchó a la mena tierra y quedó maravillada.

Se había hecho acom-

-pañar por sus principales arquitectos.

«Quiero que se construya aquí una ciudad. Se llamara Saba, del nombre de los habitantes de este país. (1). y quiero tambien que no la haya mas bella en el universo.

«Quiero que en el centro se eleva un triple palacio en circulos, cada uno de los cuales pueda contener cincuenta mil personas, y quiero que en el centro de esta triple circunferencia

(1) - Los sabeos.

se eleva hasta las nubes,
un cuarto palacio que será
mi residencia.

« Quiero que por todas
partes haya jardines, llenos
de especies vegetales diver-
sas y de animales raros.

« Quiero que por estos
jardines corran rios per-
fumados, y lagos con is-
las floridas que tengan
surtidores de aguas de
colores.

« Quiero, en fin, que
sobre la techumbre plata-
da de mi vivienda se
extiendan terrazas con
jardines, mas hermosos

todavía, y que permitieran
percibir desde ellos, las
bellezas del mar.

« No ahorréis, ni
las espaldas de los esclavos,
ni el oro, ni vuestro des-
-canso. Quiero que todo
este dispuesto para recibir-
-me dentro de un año,
día por día. Lo quiero y
dicho queda. »

- Lo que tu deseas
y lo que tu dices sería he-
-cho ! Oh reina de la
Mañana ! respondieron
al unísono todos los
arquitectos.

Y la reina de Axum
y de Saba, volvió a su bar-
-co "Pavo-real" que vogó
hacia Muttora.



Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental

III

Las leyes de la Perla.

Durante el último año pasado en Siam, la Perla terminó su legislación por un bárbaro sistema de decretos que reglamentaban hasta la vida privada de sus súbditos, y cuyas trazas

profundas se encuentran hoy en las costumbres de los pueblos de Abisinia.

Ahora, sin mas comarcas que someter, creia hacerle la guerra al amor, ¡ella que no podia conocerle! Porque esta mujer que poseia un Imperio envidiado de todos los reyes, vivia las torturas de una vida cruel....

Se habia conformado en los años precedentes con poner en pie de igualdad a los dos sexos.

La mujer como el hombre tenía la facultad de testar y de recibir por testamento; podía comerciar y dirigir empresas; la enseñanza era obligatoria tanto para los varones como para las hembras; las disposiciones relativas al matrimonio y al divorcio, eran francamente favorables a las mujeres. (1).

Pero supo con profunda ~~seriedad~~ ^{profunda}

- (1) - Uno y otro dependían de un tribunal femenino. La educación de los hijos era privilegio exclusivo de la madre hasta la edad de siete años. Por ~~esta~~ ^{esta} edad, la madre era la única tutora.

y gracias a una información suya personal, que las mujeres cuidaban poco del uso de tales prerrogativas. Ante los tribunales, fingían, y tenían a gala usar de ellas, pero en lo íntimo de su vida conyugal seguían en toda la opinión del marido, y no tenían mayor alegría que la de recibir sus órdenes y sus golpes.

Makeda, enfurecida dio, en el acto un carácter mucho más radical a sus reformas. Los varones fueron

pura y simplemente despojados de todo derecho.

La herencia llegó a ser privilegio de las mujeres, así como el derecho a comerciar. Las doncellas podían comprar los maridos como se compran los esclavos, y tantos como pudieran mantener. En una palabra, el sexo llamado fuerte quedó reducido a una servidumbre humillante y cruel.

Al mismo tiempo, por una reforma audaz del vestido y del peinado, Ma-
-keda suprimió los signos

exteriores distintivos de los dos sexos. La falda corta a medio muslo fue la sola tolerada. Las jóvenes que componían su guardia de honor debían llevar rodeando el torso una especie de ferozo guatado que hacía imposible distinguir la redondez de los senos. El corte de pelo a la altura del cuello fue obligatorio.

Algunos meses después de haber sido promulgada la nueva ley, Makedia,

queriendo juzgar de sus efectos personalmente, visitó en secreto a una rica negociante llamada Zicri.

- Yo se, Zicri, que aprovechándote de los nuevos decretos acabas de comprar algunos esposos. ¡Muéstrame sus habitaciones, te lo me-

-go! Así lo haré; ¡Oh reina! porque creo que quedarías satisfecha. No he ahorrado nada....

Y Zicri precedió a la reina y lo largo

de un vestibulo a
cuyo extremo se entrea-
bria un cortinafe.

Makeda quedo es-
tupefacta.

En una gran estan-
-cia adornada con pin-
-turas lascivas y llena
de blandas y perfumadas
pieles, una docena de
hombres, vestidos con
telas finas, estaban
muellemente reclinados,
comiendo dulces y riendo.
Algunos se bañaban en
una piscina de perfuma-
-das aguas, y todos eran

cuidadosamente aten-
-didos por esclavos, que
les secaban, daban ma-
-saje, colocándoles luego
almohadones rellenos
de plumas bajo sus
perezosas cabezas....

Uakeda contuvo su
furor. Quería proseguir
con fruto su investigación.
Ziri, estimaba que su
conducta era perfectamente
moral; ¿no se ajustaba
perfectamente a las leyes?
A todas las preguntas
de Uakeda, respondía
sin desconfianza, y así
supo la reina que estaban

en plan de organizarse semejantes harenes en todos los barrios elegantes de la capital....

Salio profundamente turbada de casa de Zicri.

¿Era aquello el resultado de sus decretos?

La misma tarde celebró una larga conferencia con Levy, su consejero privado.

Dicho dignatario era el único cuyos consejos se dignaba escuchar alguna vez. - Levy, habia sido mutilado en tiempos

por un comerciante de esclavos. Esta desventura de su juventud le convirtió en un ser cuyos juicios no se inspiraban en ninguna pasión, y esto contribuyó no poco a su rápida fortuna cerca de la reina virgen.

- Dignate escuchar lo que voy a decirte aunque sea desagradable. Todo esto era de esperar. Inconsistentemente has fomentado el libertinaje. Los hombres dignos desertarían de tu Imperio, y los que

quedaran serian pervertidos
cada dia mas por tus
hermanas, las acales, en
manera alguna tienen
tu virtud.

— Y sin embargo, dijo
Makeda; yo creia proscri-
bir la voluptuosidad.

¡Ayúdame a encontrar
otro medio, astuto Levy!

¡Yo quiero, y lo lograré;
arrojar el amor de mis
Estados.!

¡Arrojar al amor!
¡Oh reina! ¡esto es tanto
como querer secar el mar.
Alenos puras que tu, y

por lo tanto mas adver-
-tudas de la malignidad
del sexo, troppezarian siempre
con este problema insoluble.
Antiguamente, en Meso-
potamia, una reina que-
rellosa contra el amor,
creyo proscribible de sus
Estados, situando a sus
siibditos varones en una
orilla del Tigris, y en la
otra a las hembras. ¿Que
sucedio.?. Hombres y mu-
-jeres se reunian por la
noche en barcas, y jamas
rio en el mundo hizo
oir tan musical murmullo

bajo la bóveda de los
cielos. ¡Que quieres oh Peta,
es necesario que los desig-
-nios de la naturaleza
se cumplan!

- Tu historia es repug-
-nante y estúpida, Levy.
Yo no quiero la extinción
de mi raza, tu lo sabes bien;
quiero solo acabar con
el placer impuro. Yo he
hecho mayores milagros.
¿No he de poder resolver
este pequeño, aunque oscuro
enigma.?. ¡Que se me
ayude!. Tengo magos, sabios,
gramáticos, cirujanos....

Un relampago de alegría cruzó por los ojos del mutilado.

Acabas de pronunciar la palabra ¡ Oh reina! Si existe un medio de impedir el placer impuro, sin poner obstáculo a la santa procreación, es a los cirujanos a quienes toca descubrir el medio

¡ Pues bien, ¡ convocalos con urgencia. Quiero que antes de que el sol salga tres veces, se encuentre el medio.

Y Levy convocó a los

cirujanos.

Y los cirujanos encontraron el medio.

Y lo que habia de hacerse con los niños fue notificado por correo real a todos los sabios y a todas las comadronas del Reino.

Fue esta la mas terrible y la mas extraña de las leyes promulgadas por la Perla.

Mientras tanto, Alameda no habia descuidado sus preparativos de partido para Saba.

Decidio que, en adelante,

Symien seria administrada por un alto funcionario llamado jefe del Oeste. (Vak-Chour) y por un juez supremo que llevaria el titulo de "Voz de la reina". (Vak Neguist).

Axum y Saba estarian ademas en constante relacion por medio de torrecillas de señales que Uakeda hizo edificar en las montañas. Las dos metrópolis podrian asi comunicarse con un lenguaje especial

Y en la fecha indi-
cada por ella, la Perla
Pura salió con gran pompa
de Axum, su ciudad bien
nomada.

El embarque se hizo
en Mutora en medio de
un concierto de himnos.

Y la «Flota Verde»
atravesó el Mar Rojo.

Millares de antorchas
brillaban en los grandes
veleros de guerra de doce
puentes superpuestos, que
escortaban al navio real,
hacendando las tinieblas
con una luz dorada que
se reflejaba en las ondas.

Y se reflejaba también sobre el barco de la reina, de casco de oro y esmaltes, construido en forma de pavo-real, sin mástiles ni velas, movido por ciento ochenta remeros. Los ojos del pájaro-novio eran dos faros enormes que proyectaban rayos verdes. Cerca de la proa, en la garganta del pavo-real, se elevaba el trono, sobre el cual se sentaba la reina, vestida con el traje de la consagración, cubierta con la corona de perlas

gigantes, y con el cetro
de ébano en la mano. (1).

Dos muchachas tañían
el arpa a sus pies. Sobre
las gradas del trono,
los grandes gatos negros
dormitaban entre los
brazos de las enanas.

El humo del incienso
subía hasta el cielo....

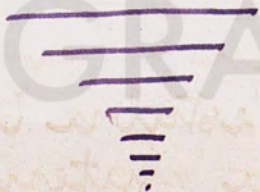
Makeda permanecía
inmóvil y meditabunda.

En el rosado de la aurora,
apareció, semejante a
una montaña de flores

(1) - Nada más cómodo para
un viaje por mar. (Nota
mia - V. C.).

aquel cuádruple pala-
-cio cuyo proyecto ha-
-bia sido concebido un
año antes y que se le
aparecía ahora en el
límite del mar, exacta-
-mente igual en su rea-
-lidad maravillosa.

Entonces, no pudo
contenerse y se dirigió
rápida hacia el primer
rayo de sol; y pensaba
que, verdaderamente, era
la "Reina de la mañana".



Centro Documental

— III —

Saba

Si, tal como Makeda
la habia imaginado ;
blanca, rosa y dorada,
elevabase bajo el cielo
de seda de la Arabia
Feliz, su nueva capital

No estaba construida
con esa materia impon.

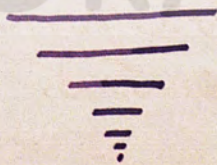
-derable que se llama
pensamiento, sino de
piedras sólidas coloca-
das unas sobre otras
en considerables masas
que parecían desafiar a
los milenios: granito,
basalto, y aun cuarzo res-
plandeciente constituían
los resistentes materiales
empleados.

Tres inmensas cons-
trucciones en círculo, no-
deaban con sus curvas
grandiosas, una especie
de colina artificial que
soportaba un palacio
en el centro.

En los espacios comprendidos entre cada uno de estos edificios, se extendían los jardines.

En fin, en la parte central se elevaba sobre un promontorio, el palacio que debía servir de residencia a la reina.

Una triple galería de columnatas policromas le rodeaba. Su entrada monumental tenía cien codos de anchura. El techo plano del palacio era un jardín.



IV

La misión del modisto
de Nínive.

Las salas reserva-
-das a los cuidados inti-
-mos de la reina habían
sido amuebladas con un
gusto especial.

Al levantarse, Ma-
-Keda entraba en una
piscina de alabastro, de
corrientes aguas, aromati-

-zardas segun el capricio de cada dia.

Des-pues que sus ca-
-maristas la habian se-
-cado, perfumado, y dado
masaje, pasaba al salon
de tocado para ser pintada
y peinada. Sentibase
completamente desnuda,
desprovista de alhajas, en
el centro de una mesa
construida en arco; en
ella estaban alineados
los objetos necesarios:
cepillos con mango de oro,
o de marfil, espejos de
plata pulimentada

espátulas de sicomoro,
botes de aceites, peines con
dientes de diamante....

Marquilha de los
pies a la cabeza, se dirigia
al salon de vestir, y allí,
despues de que sus donce-
llas la habian vestido,
se contemplaba en una
gran concha llena de
agua cristalina.

En su sala de tocado
recibió un dia a Am-Tat,
el celebre peluquero tebano,
y a Nahus, el gran mo-
-disto de Nimive, enviados
los dios de Saba, en vista
de una fiesta nocturna

que Makeda ofrecia a un principe amarillo.

Este asiatico fastuoso habia ofrecido a Makeda regalos extraordinarios. Seis grandes veleros abarrotados desde la cola hasta el puente, apenas bastaban para transportar tantos tesoros. Prostrado el principe a los pies de Makeda, la habia suplicado que fuese su esposa.

- Hace poco ¡oh reina casi celeste! he rehusado

reinar sobre el Imperio
del Misterio. Quería re-
-correr el mundo en bus-
-ca de la "belleza perfecta".
He aquí, que después de
años y de años de mar-
-chas inútiles, lo he en-
-contrado en tu persona.
Tu eres el fin supremo
que he perseguido toda
mi vida. Si no se me
logra, solo me queda
morir, ¡oh reina casi
celestes!

Makeda había
molido la cabeza re-
-chazando tales preten-

siones, pero por miedo a irritar a un Imperio con el cual no deseaba entrar en guerra, quiso honrar con una fiesta al derrotado príncipe amarillo.

Am-Tat, de Tebas, fue recibido en el salón privado de la reina, y no la ocultó la desagradable sorpresa que le producía, el verla con trenzas cortas.

Maketa no gustaba de consejos ni de opiniones a este respecto.

Tu oficio, Am-Tat,
le dijo, es hacer pelucas,
no discutir el largo de los
cabellos. Las razones de
esta moda impuesta por
mi, sobrepasan tu in-
teligencia. Limitate a
contestarme a esta
pregunta: ¿hago bien
en llenar esta peluca
dorada.?

- En Tebas, que lan-
za las modas, las pe-
lucas doradas no se
llenan hace mucho tiem-
po. ¡Oh reina! Las
pelucas púrpura, azules,
verdes y amarillas

son las que se usan
ahora. Te aconsejo la
púrpura cuyo color
encendido conviene a
tu belleza única.

Pues bien, prepárame
una púrpura, y veremos.

Correspondió luego
el turno a Nabus el
de Nínive.

El vestido que tenía
preparado para la reina
de Saba era uno de
los más bellos que había
usado, pero también
uno de los más atre-
-damente transparentes.
No obstante el gran

numero de pedrerias que le adornaba, pesaba menos en la palma de la mano que una pluma de pajaro. (1). - Se componia simplemente de un pantalon, ceñido estrechamente a las piernas, y una tunica muy corta. Ambas prendas estaban hechas con hilillos de seda en los que se engarzaban diamantes

Alaxeda se contempló

(1) - ¿No serian mas bien de aluminio los adornos. ?
(Nota de V.C.).

en el estanque - espejo
y se encontró hermosa.

¡Eres de una belleza
mas que humana! ex-
-clamaba Nahuas. - Pa-
-reces una gota de rocío,
un encanto de Dios,
un cocodrilo sagrado...

Makeda se dignó
sonreír ante este supremo
cumplido. Hizo tan solo
observar que encontraba
la túnica un poco
larga.

El modisto le dijo
que no habria mucho
que cortar. Se aproximó

para tomar a la reina
las medidas... y también
para susurrar a su oído:

¡Oh Perla!, al pasar
por Tradjara he tenido
el honor de ser recibido
por el príncipe Assadarón.

Makeda no pudo
contener un estremecimien-
-to.

¡Silencio!, dijo enco-
-lerizada.

Pero, algunos minutos
más tarde preguntó:

Dime Nahus, ¿es
cierto que el príncipe Assa-
-darón ha puesto sus
ojos en la princesa Semiramis? ?

Nada mas falso,
¡Oh Selina! respondió
vivamente el modisto.
Los que te han hablado
asi deforman a placer
la verdad.

¿Y cual es la ver-
-dad.?

Senaillemente, que
el Imperador de Babi-
-lonia queria ver a
su sobrino contraer
este matrimonio; pero el
noble Assadaron ha
rehusado asperamente.
Se consume por ti
¡Oh Perla! No puede el.
-vidarte.... Y de lo que

te digo, aqui tienes la prueba....

Subrepticamente sacó de debajo de la túnica un cofrecillo de ébano que abrió y Makeda vio aparecer un collar de perlas de un maravilloso colorido, mas puras y mas gruesas todavia que aquellas perlas de Ceylan que ella habia hecho traer con grandes gastos.

No pudo por menos de experimentar en lo recindito de su alma atormentada, un

sentimiento de viva
simpatía por aquel
mediato que hacía el
oficio de transmitir
mensajes amorosos pro-
bando los vestidos de
sus principescos clientes.

Y, ahora, ¡dejame,
Nahus! le dijo, tendien-
-dole una bolsa llena
de oro.

Nahus se retiró con
grandes reverencias, cur-
-vado hasta tal punto
de juntar la barba
con el vientre, derribando
camaristas, enanas, gatos...

Al llegar a la puerta
dijo:

- Olvidaba decirte ¡oh
reina!.... El cofrecillo....
Hay un doble cajón....

Solamente cuando
se retiró a su habitación
abrió el segundo cajón
del cofrecillo de ébano.

Lejó en un perga-
-mino:

« ¡Oh Makeda! »

« ¿No es cierto que son
incomparables las perlas
que he pescado para ti.? »

« Solo la Perla de
Axum es mas bella y

mas pura. ».

« Si quieres saber en que lugar se encuentran estas perlas mas preciosas todavia que las de los mares de la India, ven a mi, ¡ oh Makeda!, y yo te conduciré a él. ».

« He hecho construir en los arsenales de Babilonia un barco especial. ».

« Amon limitado, tal es su nombre. »

« Limitado como

nuestros besos por tu
cruel juramento ¡oh
Makeda! .»

« Y sin embargo
en el corazón de Assa-
-darion no tiene límites
y nunca tendría fin. »

« Fiel a su jura-
-mento, no conoce a otra
mujer que Makeda. »

« No conocerá ja-
-más a otra. »

« Pero exige una fi-
-delidad semejante. »

« Si Makeda de-
-signa con su corazón

stro hermano, el apa-
-recerá como el rayo.»

« El matará. »

« El masacrará. »

« El te llevará como
una bandera al galo-
-pe de su caballo....

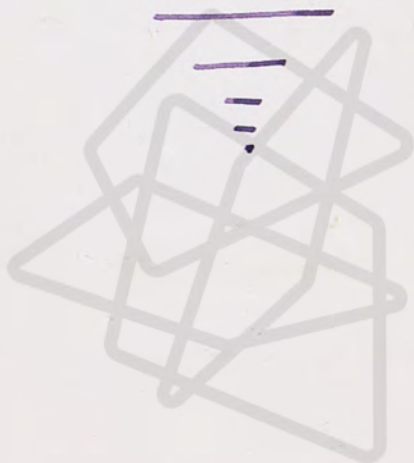
« ¡ Ven a pescar las
perlas conmigo. »

« ¡ Makecha !

La reina de Saba
releyó varias veces la
invitación del príncipe;
pero a cada lectura
se repetía. « ¡ no, no !
con la cabeza. Y

hasta por la mañana
llovió.

Archivo



Fundación

ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental
Archivo



La predicción del
astrologo.

En una noche
sin luna tuvo lugar
la fiesta de las luces.

Però el cuádruple
palacio, todo iluminado

por las llamas de las antorchas que se contaban por centenares de miles y cuya luz se reflejaba en las corazas de los guerreros, alineados al borde de las galerías, en los relucientes capiteles de las columnatas, en los bloques de cuarzo de rugosidades brillantes, multiplicando los fuegos hasta el infinito. Extendíase la luz tan esplendidamente bajo los cielos envidiosos

que veíase hasta el hori-
zonte un inmenso reflejo
purpurado con irisaciones
de oro desplegándose como
un abanico, como si un
astro hubiera caído sobre
las orillas de la Ara-
bia

En cuanto a los astros
del cielo (?) no se les veía.

El follaje de los jardines,
esplendidamente ilumi-
nados formaba como
collares de esmeraldas.

Los macizos de flores
tenían un color rosa
más ardiente que en
pleno día. Chorrros de

agua subían hacia el
cielo en haces que cam-
-biaban de color, à medi-
-da que se elevaban; y el
espejo de los lagos re-
-producía todos estos
milagros entre el murmu-
-llo dulce de las risas
y de los besos que se cam-
-biaban bajo el secreto
de los materiales....

Esto no lo sabía la
reina de Saba....

Desde lo alto de sus
jardines suspendidos, Ma-
-keda contemplaba la
fiesta, inmóvil, sentada en
su trono, frente al príncipe

amarillo, que no dejaba de contemplarla.

Se sirvió un festín suntuoso a los dignatarios y a las princesas de la Corte, sucediéndose en el los platos mas raros de Saba.

Inlgo de terminado el banquete, y de dejar libre la mesa con una rapidéz mágica, unos esclavos depositaron sobre ella una fuente de plata de varios codos de larga adornada con innumerables ramos de flores. Los músicos se aproximaron.

De pronto los ramos se entreabrieron, y los imitados estupefactos vieron salir de ellos un grupo de bailarinas que se pusieron a evolucionar sobre la mesa, con un dulce ruido de perlas y de pedrerías que ostentaban sobre sus cuerpos desnudos.

Aparecieron después unos bailarines sabios disfrazados de bestias feroces (1), negros saltarines, encantadores de serpientes, faquines

(1) - Con decir fieras creo que bastaba. (Nota - V.C.).

comedores de fuego, co-
-mediantes egipcios, ani-
-males amaestrados....

Pero ¡ay!, ni la
-destreza de los hombres,
ni la gracia de las
-bailarinas, ni los jue-
-gos de luces podían
-llevar ningún relam-
-pago de dicha al alma
-de Makeda. Mientras
-duró la fiesta no se la
-oyó pronunciar una
-sola palabra; no se la
-vio hacer un solo mo-
-vimiento.

Sin embargo, quien
-hubiese podido mirarla

de cerca podría haber visto pasear sus dedos incansablemente por las perlas de su nuevo collar; habría podido oír como un susurro los términos de cierto mensaje lleno de dolor y de pasión....

«¡ Oh Assadarin! Soñaba: ¿ por que cuando tu no estás a mi lado, todas son tempestades a mi alrededor. ? . Soy la mujer mas envidiosa del mundo, y sin embargo, yo envidio a todas las mujeres....

Gobierno sobre las tie-
-ras y sobre los mares,
y hasta debajo de la tierra
donde mis mineros des-
-cienden tan profundo
que pueden sentir el
color del infierno; hasta
en los aires batidos por
los brazos de mis moli-
-nos elevadores.... He do-
mado a los hombres,
he amestrado a las
fieras, he aprisionado
los elementos. Poseo todas
las especies de perlas,
de aromas, en cantidad
tal que puedo perfumar

los rios; y oro, en tal abundancia que podria cubrir la tierra.!

« Y sin embargo, la ultima de las por-dioseras es mas rica que yo. ¡ Oh sarcasmo ! ¡ Oh rabia impotente ! ¡ La unica cosa que deseo no puede ser comprada ni con mis territorios ni con mis tesoros !. »

Bruscamente, dió la señal de terminar la fiesta.

Y el pueblo se dispersó; los bailarines desaparecieron; el principe amarillo

se fue, llevando la desesperación en el alma.

Y todo se apagó.

Ni un soplo de brisa en el aire.

El mar, proximo y tenebroso estaba tan en calma que no se le oía.

Y entonces, al contacto de aquel fresco exquisito, sobre su carne; a la vista de aquellos innumerables mundos suspendidos encima de su cabeza, una angustia, la mayor de cuantas habia sentido, se apoderó

de Makeda.

¡ Oh Dios todopoderoso.
-so! ¡ Ten piedad; vé en
que soledad está tu hija!,
estuvo a punto de gritar.

Llamó a su negro
gigante.

¡ Ve pronto a buscar-
me al lector de los astros!

Ya el negro había
desaparecido en la noche,
negra como el mismo.

Sokar el astrologo
era uno de esos viejos au-
-gustos a quienes el verda-
-dero saber confiere la com-
-prension del corazon y
de la belleza.

Y le dijo:

¡Sokár, muerdo de lun-
-quidez, y sin embargo pre-
-siento que el sueño fuera
de mi toda la noche!

¡Enseñame a leer en el
cielo; supongo que sería
una lectura que haría
dormir!

Makerda se quejaba
así, para disimular su
angustia, pero su voz era
extraña y no engañaba
al sabio.

¿Que nuevo suceso
puedes desear que te
anuncien los astros, a ti

la mas poderosa y satis-
fecha de las mujeres vi-
-vientes. ¿ Seria, ¡oh reina!
que a pesar de ello te
sientes sola y desgraciada
en tu mismo corazon. ?

Estaba tan abatida
que, no obstante su orgullo,
dejó escapar un impercep-
tible suspiro.

Sokar comprendió:
¡ Que cruel fue el
juramento a que te obli-
-garon. ¡ Oh reina! eso decir.

Makeda volvió la
cabeza.

El insistió:

Permite a tu humilde lector de los astros, que sienta en si este dolor....

Pienso frecuentemente en estas cosas durante mis largas noches de vela bajo el gran libro de los cielos. - ¿Sería posible que no venga una solución algún día, a poner fin a un orden de cosas tan contrario a los decretos de Jehová. ?....

Todos los astros vivientes se llaman y se atraen, y tambien los mundos
Por eso, cada noche

escrito las constelaciones
para intentar arrancar al
cielo el secreto de lo futu-
-ro.... Y he aquí, que una
estrella azul me ha dicho
ayer: « Una solución está
próxima. Está entre las
manos de un rey muy
sabio que habita en el
Norte. ».

Makeda se estremeció.
Se acordaba de las pala-
-bras de su padre el profe-
-ta: « Mira hacia el Norte
Makeda, hacia el Norte.... »
Pero por orgullo

y ahora que estaba menos triste, dijo:

Me fatigas con tus predicciones, Sokar. ¡Vuel. ve a tu torre.!

Todavía permaneció sola bastante tiempo.

En aquellos momentos se deslizaba en su espíritu una vaga esperanza, esperanza que hacía huir el sueño de sus ojos. «El Norte.... un rey sabio que habita el Norte....» se repetía.

¡Llamó menamente al gigante.
¡Ve a buscar a

Daur el correo de Estado!
¡Pronto; si está dormido le
despiertas!

Y cuando tuvo a Daur
prosternado ante ella, le
dijo:

Tu, que has viajado
por comarcas muy distin-
-tas; tu que te has entre-
-vistado con muchos reyes
y grandes personajes, ¡dime!
¿cual es, según tu, el rey
más sabio.?

Daur reflexionó.

No es, seguramente el
Parason porque es muy
joven. No es el rey de Tiro,
que es tan solo un comerciante.

No es el rey de Edom, a quien la astucia corrompe el espíritu. Y el rey de Egiongabab no es más que un salvaje.... Queda únicamente Salomon.

¿El rey de Judaea.?

Si

¿Te conoces tu.?

¡No!; jamás me has enviado a Judaea, ¡oh reina!, bien lo sabes.

¿De nombre, ¿te conoces.?

Un poco

¿Que dicen de el.?

Que reina sobre una

pequeña comarca, pero que el es grande por su sabiduría. Se le nombra de diversos modos: «Rey de los Cuatro Horizontes.»

- «Rey de los Cuatro Vientos.»

El mismo parece ser que gusta de que le llamen «Rey Dorado.» Ciertamente debe ser rico...

Su sabiduría es renombrada. Dime, ¿que entienden por sabiduría?

- Que ha escrito proverbios y salmos, y que ha construido un templo cuyos planos han sido concebidos por el mismo...

haced reflexiones
unos instantes, y despues
dijo:

- Escuchame bien
Dair. Saba es ahora un
puerto importante que atrae
a numerosos comerciantes.
Yo sé, Levy me ha infor-
mado de ello, que varias
veces han venido de Je-
rusalen. Cuando llegue
de nuevo alguno, obsér-
vale, y si algo descubres
que dé a entender la
importancia de su Corte,
traémelo. Haz todo esto
con discrecion, te lo ruego.

Serías obedecido
¡Oh reina!, dijo Daur
retirándose.

Makeda estuvo
todavía bastante tiempo
en la terraza. Una paz
singular se apoderaba
de su alma.



VI

Y Makeda y Salomon
se escriben.

Los meses que siguie-
-ron los pasó Makeda en
una impaciencia que ni
el trabajo, ni el ardor de
los asuntos lograban
calmar.

Al siguiente día de
la fiesta nocturna, el

principe amarillo, deses-
perado, se habia abierto
el vientre, en su navio ante
una imagen del perro
sagrado del Imperio
Misterioso, y varios nobles
unidos a su persona,
hicieron lo mismo ante
su feretro.

Ukareda habia es-
-uchado distraidamente
la sangrienta narracion.
Durante todo el dia su
pensamiento iba hacia
a aquella comarca del
Norte en donde vivia el
rey sabio, quien segun el

astrologo tenia la so-
-lucion de su destino.

Al fin, un dia,
Dair le anuncio que
un negociante de Judea,
Tamrin, viejo rico e
instruido, acababa de
llegar a Saba.

Le recibio en la
Sala de las audiencias
rodeada de un gran
aparato militar, y
ricamente engalanada,
desosa de que aquel
Tamrin describiese todo
a su rey, en terminos
elogiosos....

Un poco sorprendido

de tal alarde de fausto.
en honor suyo, Tamrin
se confundía en saludos
y genuflexiones.

Ella le tranquilizó:

¡Se bienvenido a
Saba, Tamrin! Tu expe-
riencia de los negocios,
tu buen juicio en todas
las cosas me han sido
muy encomiados; pero
sobre todo, se que vienes
de Jerusalén, ciudad
querida de mi corazón,
aunque mis ojos no la
hayan visto. Y es que, como
Leona de la tribu de
Judá, reino sobre mí

pueblo que es hermano
en religion del pueblo de
Judá.... Háblame pues
de tu país; ninguna
conversacion me sería
mas grata.

Emocionado ante
tantos halagos, Tamrin
hizo de la Judá un cuadro
entusiasta y de gran
colorido. Habló de la
dulzura de su clima, de
la belleza de su cielo,
de la alegría de sus
prados y valles floridos.
Describió el templo ele-
vado por Salomon, pero
sobre todo se extendió

en el elogio de las cuali-
-dades del rey sabio

- Ciertamente, ¡ oh
Reina de Reyes!, merece
el sobrenombre de Rey Do-
-nado, porque con sus
trabajos ha logrado
reunir tesoros considera-
-bles. La riqueza de sus
vestiduras confunde las
miradas, y el esplendor
de sus palacios no se
puede sobrepasar en el
universo, si no ser por
el resplandor de tu
propia residencia. Pero
está justificado mas toda-
-via este nombre de

Salomon (1) que es su nombre principal, porque, prudente entre los prudentes, mi rey no ha hecho jamás la guerra. Por la sola fuerza de la paciencia y del saber unidos, ha logrado hacer poderoso el Reino de David. Vive rodeado de poetas y de arquitectos, compone cantos admirables. Era equidad de sus juicios es infalible. En fin, es tal la penetración de su inteligencia

(1) - El que ama la paz.

que no existe enigma in-
-descifrable para el.

¿Verdaderamente?
no pudo por menos de
decir Makeda. ¿También
los enigmas del alma
humana?

Igual, y aun los
mas tenebrosos.

Makeda quedo tur-
-bada ante el retrato
hecho de Salomon. Se-
-guramente si habia algo
de veridico en la ciencia
de los astros, Salomon
era el designado por la
estrella azulada....

Ella queria, no obstante

poner a prueba aquella sabiduría infalible que tanto la elogiaban.

Era vispera de la partida de Tamsim al que habia hecho ir a Palacio durante su estancia en Saba le convocó una última vez para entregarle los regalos destinados al rey.

Erán los siguientes:

Doce sacos que contenían ciento veinte talentos de oro.

Doce sacos de perfumes

raros.

Doce ánforas de perfume de madera de sándalo.

Doce saquitos de piedras preciosas.

Doce cajas de oro y de perlas.

Y un grueso libro escrito sobre pieles de gacela finamente trenzadas en el cual se hallaba toda la historia de los hebreos de Symbien desde sus orígenes.

Esto no era todo.

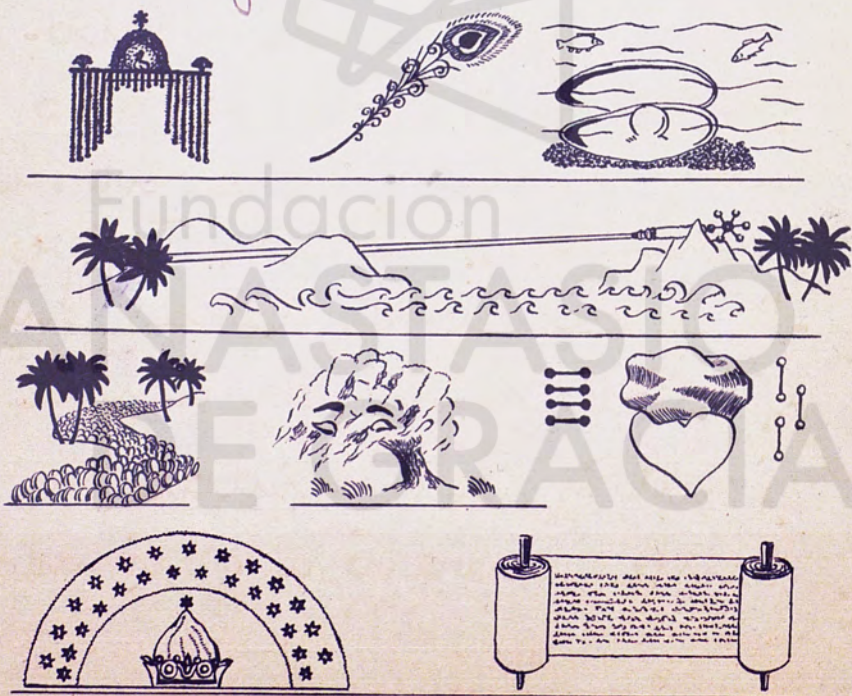
Habiendo rogado a

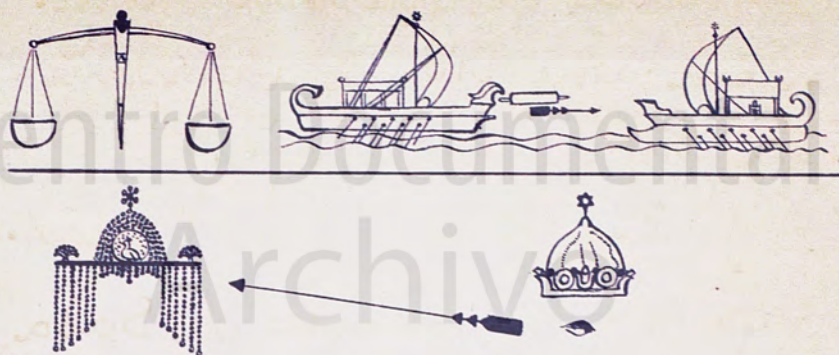
También que avanzase hasta el trono, le mostro una figurilla de leon tallada en una piedra de jade, del queso de un hueso de avestruz, y le dijo:

Este leoncillo contiene un jeroglífico grabado en una placa de marfil. Puesto que la perspicacia de tu rey estan grande el sabria descifrar su sentido, y me enviara - asi lo espero. la traduccion; pero sera necesario que adicine primero el secreto que permite abrir el leon sin romperle. Y

ahora vé, querido Tam.
-rim; que Dios te acompañe
en tu largo viaje.

He aquí las image-
nes que la reina de Saba
había hecho dibujar so-
bre la placa de marfil
encerrada en el tronci-
llo de jade:





Las semanas que siguieron fueron vividas por Makeda con más impaciencia todavía.

Inútilmente galopaba a través de los campos, montada en su caballo favorito «Tempes-tad de la mañana.», queriendo refrescar con el viento y la velocidad, su frente ardorosa, quemada

por la fiebre de la obse-
-sion. Marchaba como una
centella y adelantaba a
todos los jinetes de su es-
-corta, pero no podia dejar
tras si la triple pregunta
que la perseguia gritandola
a cada pisada del caballo:
¿Sabria abrir el leoncillo?
¿Podria leer el jeroglifico?
¿Y si lo lee....?

Una mañana en
que danzaba y cantaba
entre sus paros reales, los
cuales parecian encantados
por la voz de su divina boca,
el gigante negro llego a

ella y le dijo:

¡Oh reina! El gran
tesorero del rey de Judea,
acaba de desembarcar
en Siaba.... Se llama Flaizán
.... Su séquito es considera-
ble.... Hay ya en el patio
de las caravanas un
inmenso número de cajas
con presentes....

La reina se había
quedado inmóvil, con los
velos caídos sobre su
cuerpo.

¡Ve a decir que cada
uno se disponga para la

repcion solemne en la Sala de la Mañana! ¡ Que se perfumen los arroyos! ¡ Que corran las aguas coloreadas! ¡ Ve pronto!

Ella, tambien se apresuro a marchar a la Sala de tocado.

Vistiose con uno de sus mas suntuosos trajes y asi aparecio un poco mas tarde en la Sala de la Mañana, la mas esplendida del Palacio. Porfidos, marmoles raros, oro, esmaltes, alabastros,

jades... Verdaderamente
creíase penetrar en el
corazon mismo de la
aurora. Y en cuanto a
la soberana del hogar,
con su vestido rojo y oro,
peluca de púrpura, res-
plandeciente de pedrería,
mas luminosa y mas
perfumada que una rosa
de Persia arrojada de
rocío, aparecia como la
encarnacion del Oriente,
eterna mañana del mun-
do.

Por lo ceremonioso del
saludo de Haizar, y por
la lentitud que puso en

levantarse, mostrando una cara mas pálida que la de un adolescente intimidado, la reina de Saba comprendió, que el efecto que habia querido producir se habia producido.

Al fin, con voz debil, el tesorero de Salomón, lo-
-gró pronunciar su saludo:

El rey de Judea,
Salomón, hijo de David,
«Amo del Sello.», Gran Maes-
-tre de los Ritos, Guardian
de las Escrituras, Servidor
del Arca, te saluda

¡ Oh Reina de Reyes ! . .
¡ Oh Emperatriz de las
dos tierras ! . ¡ Oh Dictado-
ra de los elementos y
de las olas del mar ! .

El, desea que la paz sea
contigo en tus Estados.

Y El, me ha encargado
que te entregue sus rega-
los en débiles gracias
a los tuyos que no tienen
precio.

¡ Llamó con palma-
das.

Veinticuatro seruido-
res depositaron al pie
del trono, veinticuatro cajas

cuyo contenido explico
Haizar. Lanas, gasas,
pimpuras, brocados, an-
foras con agua de larga
vida....

Despues de haber
enumerado todo dijo:

Ademias, el rey
Salomon me ha encarga-
do restituirte un objeto
que te pertenece.

Haizar llamo por
segunda vez.

Avanzo entonces un
viejecito. Era el jefe de los
escribas y de los caligrafos
de Jerusalem. Llevaba una

cajita de madera blanca esculpida, que representaba un edificio suntuoso y delicado.

Esta es una miniatura del Templo de Judá, ¡Oh reina! dijo el jefe de los escribas. El objeto que te pertenece está dentro.

Y como Makeda impaciente buscaba ya el medio de abrir la caja, el escriba la dijo:

¡Oh reina!, la figurilla debe ser serrada por la base del templo.

Makeda dio una orden. Trajeron una sie-

- orejilla. El templo no era
mas que una cubierta li-
-gera que pronto cedió, y
la reina reconoció su
pequeño león de jade.

Estuvo un momento
sin comprender, dudando
y temiendo al mismo tiem.

- ¡po. ¿ No ha podido abrir
la figurilla, o lo envía
con una respuesta. ?

Con la cara impa-
-sible - ¿ no debe en toda
ocasion disimular sus
emociones. ? - pero re-
-corrido su cuerpo por in-
-visibles estremecimientos
acarició un momento
el leoncillo enigmático....

Flairizar la obser-
-vaba.

Pero no, ni los ojos
ni la boca de la reina
de reyes traicionarian
la tempestad interior
que la agitaba.

Hizo signo de que
la ceremonia habia
terminado, y se retiró.

Entró en su ora-
-torio.

Ya no contenia,
pues estaba sola, la respi-
-racion acelerada que
agitaba su pecho. Ya
no era mas que una
mujer, presa de loca an-
...

osiedad....

Su índice oprimió
febrilmente el secreto re-
sorte.

Aquel rollo blanco...
Irejo en el pergamini-

-no:

—
I
—

¡Oh Reina del Sur y de la
mañana, salud y bendición!

¡Oh Perla de las perlas, sa-
lud y bendición!

¡Oh belleza viviente que hace
palidecer al día, salud y ben-
dición!

¡Oh Makeda, causa de
tantos y de tantos suspiros!

Dios hace bien lo que hace.

—
II
—

Jehová, para crear a Makeda

ha tomado el fluido del aire,
el azul al cielo, la púrpura a la
rosa, los rayos al sol, el pluma-
je a las palomas, a las flores
los perfumes, y ha juntado todas
las alegrías de la tierra;
todas las bellezas del mar;
todas las profundidades del
aire,
y ha creado
a Makeda.

- III -

¡ Salud a ti, a la que veo en
mis noches sin sueño, febril por
el deseo de conocerte.

¡ Salud oh reina de las mujeres,
¡ oh Sideral!

Salomon, Potentado de los
genios, en su esfuerzo por crear-
te con la imaginación,
no ha intentado la perfección
de la realidad, que arde por
conocer.

- IV -

El sol no sería nada ¡oh
Makeda!, ni el sol ni los astros.

La tierra no sería nada sin
el fuego.

Así la belleza se ilumina
con la luz de tu espíritu.

Tu enigma me has dicho
el refinamiento espiritual de
tu alma.

Y yo lo he comprendido así:

Tu ¡oh reina de Saba!
que llevas la corona de
perlas, irisadas como el agua
atravesada por los rayos
del sol, corona única, símbo-
lo de la grandeza que
posees.

Tu, pura inmaculada
como la perla, todavía en-
cerrada en su concha en el
fondo del mar.

Soberana de las dos tie-
rras, y del mar que las divide
y las une.

Tu, colmada de rique-
zas, como un torrente de oro
puro.

Tu lloras bajo el cipres
funerario de tu aislamiento.

Tu corazón está oprimido
por la pena, como bajo una
piedra implacable.

Pero las estrellas te han
hablado una noche.

Elas te han dicho la
grandeza del Reino de Sa-
lomon.

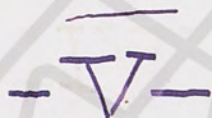
Y la de su espíritu acos-
tumbrado a leer pergaminos
con los más intrincados.

Elas te han dicho también,
su justicia, apreciada en todo
el universo.

Y por eso querias conocer
a Salomon y probar su saga-
-cidad.

Y tu deseas que te envíe
un mensaje.

Y este es el enigma ¡oh
Makeda!



Pero yo, Salomon digo:

¡Oh Perla, ven!

Salomon te espera al pie del Templo

El corazón arrebatado,
implorando a Jehová.

Dios hace bien lo que hace

El protegerá tu viaje

El facilitará tus pasos.

El acertará tu camino

El empujará tus veleros

¡Ven!

- VI -

Tu estas escrita en mi destino
y sucedera, lo que sucedera.

- VII -

Y todo para Makeda
Inmaculada, iniolable, y pura
Flor entre las flores.
Porque asi piensa, dice, escribe
y sella.

Salomon

Cuando la reina de
Saba acabo la lectura del
vibrante ciantico, lo leyó
una segunda vez, no con

los ojos, sino salmodiando
las palabras en el tono
menor segun el uso he-
braico; y despues una
tercera vez y una cuarta.

Y lagrimas de gra-
-titud cayeron de sus
ojos

«¡ Oh que bien me has
comprendido! ¡ Que bien
has sabido leer en mi alma
à traves de las imàgenes
de mi enigma! ¡ Oh, cuan
admirable es tu sabiduria,
y que calma me produce
tu respuesta! ».

Se sentia llena de
esperanza, y aquella reina

de ordinario tan perfectamente dueña de sí misma estaba arrebatada de alegría

¿Era necesario aceptar la invitación de Salomón.?

¿Debia efectuar el largo viaje.?

¿Lo queria el Eterno.?

La reina de Saba se prosternó hasta tocar el suelo con la frente y se abismó en la oración.

Al alzarse de nuevo estaba sonriente y con el ánimo tranquilo. Colocó el pergamino en el

leoncillo de jade, pero al hacerlo, experimentó una sorpresa, que la llenó aun mas de alegría: en el interior del leon, muy en el fondo, vió cuatro plaquitas de marfil finamente trabajadas, y cada una representaba una imagen.

Salomon a su vez, enviaba un enigma a Makeda.

Vease lo que representaba el jeroglífico de Salomón:



LAS : LEYES : DE : LA : REINA : MAKEDA :: 2



LAS : LEYES : DE : DEJONA :: 3



SALOMON : VISO : A : MAKEDA :: 4



ANASTASIO
DE GRACIA

— VII —

El viaje a Judea.

En uno de sus salo-
nes de vestir, Chareda reci-
bió a Flaizán la mañana
del día siguiente.

Cuando este, vió a
la reina de Saba en la
intimidad de su tocado
matinal, cubierta sola-
mente con una túnica
de gasa diáfana que

dejaba transparentar su cuerpo, el gran tesorero de Salomón sintiose turbado; aun mas que en el momento de haber visto a la reina sentada en su trono resplandeciente.

Makeda aspiraba con satisfaccion el aroma de aquel silencioso homenaje a su belleza.

- Te he convocado a la hora de levantarme Haizar, porque entre tu Señor y yo se han establecido relaciones que no conciernen a nuestros Reinos

Acepto la invitación para ir a Jerusalén. Todo estaría preparado para el viaje dentro de veinte días durante los cuales, quiero, y así te lo ruego, que permanezcas en Siaba porque me sería agradable que me acompañes. Pero desde ahora, señala cuatro hombres seguros, de tu escolta para que acompañen hasta Jerusalén a mi correo de Estado, Dair, a quien quiero confiar un mensaje privado en respuesta al jeroglífico

de Salomon. Dese que
esto se haga con gran
prisa y secreto.

Serás obedecida,
¡oh reina!, dijo Elai-
zar.

Con un calamo
mojado en una tinta
hecha con arena y oro,
Makeda habia escrito
en el mensaje secreto:

« Makeda la perla purisima,
reina de reyes, honra de la
tribu de Judá

A Salomon, hijo de David,
rey de Judea, Dueño del Sello,
y de los Ritos, Servidor del
Arca. ¡ Salud y bendicion!

¡ Que la paz sea contigo!
Si, verdaderamente ¡oh
Salomon!, Jehová encarna
en ti la sabiduría. Has
sabido descifrar mi difi-
-cil enigma.

Por eso yo iré a Jeru-
-salem aceptando tu invita-
-ción.

Partiré dentro de
veinte días

He comprendido tu
jeroglífico. ¡oh Salomon!

La ley de la evolución
quiere que el buero se con-
-vierta en paloma; que la
paloma se empareje con
el picheon, y así nazca la
familia dichosa.

Mis leyes destruyen la
familia y despueblan mi.

Reino.

Jehová ha dado el amor a los humanos para poblar la tierra.

Por eso, Salomon el sabio habla a Makeda y la dice:

¡Detente!

¡Suspende tus guerras al amor!

¡Protege mas que nada al amor y con el harás feliz a tus pueblos.

Y este es tu enigma ¡Oh Salomon!

El me dice que a pesar de tu sagacidad profunda no has penetrado completamente en el alma dolorida de Makeda.

Sin embargo, yo parto, confiada porque se que resolverás mi problema, vasto como el círculo

de los horizontes del cual tu
eres el Señor.

Sabe esto además:

En el momento en que
Makeda ponga el pie sobre la
tierra de Judea una nueva
estrella alumbrará en el cielo

Así piensa, dice, escribe y sella.

Makeda.

Durante veinte días,
todos los que debían a-
compañar a la reina,
se prepararon para el
gran viaje. Los muelles
del puerto, las galerías y
pasillos de Palacio, reso-
naban con los ruidos

del claveteo de las cajas,
que contenian los presen-
tes, y con los rumores y
concordiábulos.

El decimonoveno dia
tuvo lugar en la « A-de-
-rasch » la ceremonia del
nombramiento de regente
encargado de la direccion
de los asuntos del Imperio
durante la ausencia de
Ulaxeda.

Cuando el principe
Jacob, a quien se devolvió
este honor, prestó juram-
-mento, la reina se puso
en pie en el trono y habló
asi:

¡ Oh vosotros todos ,
escuchad lo que dice vuestra
reina en el momento de
partir para Jerusalem la
Santa !

« El viaje que emprende
la hija del profeta es de
carácter religioso. La Perla,
concentrada en si misma
y habiendo orado durante
largo tiempo; acordándose
del pasado de su nacion
y de sus tradiciones; la
Perla, digo, ha conside-
-rado que debia agradar
a Jehová el que fuese a
instruirse con mas
profundidad en los

arcanos de nuestra reli-
-gion.

« Por ello quiere ir
cerca del rey Salomon,
gran Señor de los ritos
y poseedor de toda cien-
-cia.

« ¡Quiera Jehová ben-
-decir este gran viaje que
emprendo para la mayor
gloria de su nombre!

Un rumor de aprio,
-bacion acogió este dis-
-curso.

Desde hacia tiempo,
los rabinos se afligian
al ver la influencia de
los idolatras que cada

dia ganaban mas terreno en Soba, sobre todo los astrólogos, dados a las prácticas impías.

Makeda, mientras duró la ovación miraba al vacío. Una sonrisa imperceptiblemente irónica, flotaba en sus amargos labios. Pensaba:

« ¡ Oh Assadarón, tu eres la causa de mi partida !. Si Salomon, con su habilidad que se dice tan poderosa, logra liberarme de mi juramento.... Si llego a ser libre ¡ oh Assadarón !, ¡ oh tu

a quien mi alma no
puede olvidar |....

.....
Egiongabbar apareció.

Era la tarde. La
multitud se habia esta-
-cionado a la orilla del
mar ante la noticia de
aquel viaje extraordinario.
Desde por la mañana, to-
-das aquellas gentes es-
-taban esperando que
apareciese en el horizonte
el primer navio.

Y, a la vista de aque-
-llos barcos gigantescos,
a la vista de todos aquellos
tesoros, de aquellos resplan-

decientes soldados, de todos aquellos personajes, llenos de donados, que afluiran a su modesta tierra, quedaban mudos y como intimidados....

Pero cuando apareció, de pie en la proa de su nave-pájaro-(1) aquella joven reina, recubierta de oro, tan alegre y sonriente, un murmullo de amor se elevó hasta el cielo; las mujeres lloraban, tendiendo sus hijos hacia la hija del Profeta.

(1) - Autor, y traductor frances, mas bien este ultimo, siguen llamando pájaro al pavo

Centro Documental
VIII
Archivo

Makeda entra en
Jerusalén.

Los rumores mas diversos habian precedido a la llegada de la reina de Saba a Jerusalén.

Se alababa la magnificencia de su séquito, su belleza, sus riquezas..., pero en muchos espíritus, se mezclaba el miedo a la

curiosidad. ¿Era verdaderamente una mujer, la que iba a penetrar en la Ciudad Santa? «Es la hija del espíritu del mal.» decían algunos.... «Come fuego.... Tiene los pies torcidos.... las piernas velludas.... manos de siete dedos....»

En medio de un silencio angustioso la multitud aglomerada a las puertas de la ciudad no desfiló la escolta de Makeda.

Era guardia de a caballo venia en cabeza.

La constituían amazonas
y jinetes vestidos con el
mismo uniforme pla-
teado, reconociéndose a
las primeras por los
numerosos brazaletes que
tintineaban en sus bra-
zos

Seguía todo un
regimiento de elefantes
adornados con tapi-
ces maravillosas, y de-
trás la larga caravana
de camellos portadores
de las cajas con los
presentes.

Después, soldados de
infantería, impenetrables

dentro de sus ferros uni-
formes.

Detrás, apareció la
reina.

Veinticuatro colosos
negros llevaban su litera.
Tenía esta un toldo de
madera de sándalo in-
crustado en oro y ador-
nado con plumajes. La
reina estaba medio ten-
dida sobre un lecho de
almohadones de seda,
y de tapices hechos con
pieles de animales raros,
pero a través de las
cortinas bordadas con
hilos de perlas, no se

distinguía mas que una silueta azulada y velada, inmovil como un idolo, y cuya presencia asombraba....

Los porteadores se pararon.

Se debía esto, a que precediendo al cortejo de ciento veinte muchachas enviadas por el pueblo para recibir a la recién llegada, un viejo avanzaba para ofrecer a la extranjera, segun la costumbre, el pan y el vino de la buena acogida.

¡Come y bebe, oh Reina de la Mañana! dijo. ¡Que Mañana la perla purísima sea bienvenida a Jerusalem!

Entonces se animó el idolo....

Viose a la pequeña forma velada aproximarse al encuadramiento de la litera, y una mano tendense hacia la luz....

Estaba cargada de sortijas que despedían fulgores extraordinarios; pero la mano que las llevaba tenía cinco

dedos, como las de todas las mujeres. Se la vio levantar el velo azul hasta la boca; y aquella boca comió y bebió. Después habló y dijo palabras sencillas:

Con alegría, y santa emoción, Makeda comió el pan del pueblo de Judea, y bebió de su vino. Era dichosa al verse recibida como una hermana:

Vosotros que me vis, venid cuando lo deseis a sentaros a mi mesa y seréis servidos. A los

enfermos les visitari ma-
ñana. Se distribuirian
a los pobres, cien mil
sekels.

¡ Cien mil sekels!;
la suma era conside-
-rable. ¡ Y que voz tan
humana....! ¡ Hija del
diablo. ? ¡ Que perversos
y que insensatos habian
podido hacer circular
aquellos rumores absur-
-dos. ?

Makeda hizo su
entrada en una Jerusalem
desbordante de gritos, de
alegría y de amor.

Las casas estaban
adornadas con colga-
-duras, y las calles em-
-balsamadas.... Los hom-
-bres agitaban palmas,
y hasta los invalidos
agitaban sus muletas;
las muchachas entona-
-ban canticos, y los niños
arrojaban flores....

¡Oh ciudad encantado-
-ra! ¡Oh emocionante
acogida! Si, este pueblo
como Makeda lo habia
presentido, era en efecto
hermano del suyo!...

Pero su corazón es-
peraba una alegría
mas profunda todavía.



Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

IX

Y Salomon la acoge...

Salomon la esperaba en la Sala del trono. Una gran sala adornada como un templo, con innumerables flores y con candelabros de siete brazos colocados sobre pedestales de

piedra que difundían
una luz de oro á través
de las nubes de incienso.

Veinte columnas sos-
tenían un techo de vigas
de cedro, y tan elevado
que no se le distinguía
apenas. Sobre el embal-
dosado del suelo se ex-
tendían espesos tapices,
y en los muros, unos
grandes ángeles pintados
desplegaban sus alas
de oro puro.

En la cima de un
estrado de seis escalones
se erigía el trono de nacar

con incrustaciones de
oro, y en el extremo de
cada uno de los seis esca-

-lones se ve un leon de mar-
fil, de suerte que los leones
estian en numero de doce..

Otros dos, forman los bra-
zos del trono, cubierto con
un dosel de seda azul en
cuyo centro brilla la estrella
de Jerusalem, de seis puntas.

A la derecha del trono
hay un sillan desocupado....

Salomon lleva sobre
sus hombros una gran capa
escarlata, y debajo un manto
bordado totalmente de oro

en tanto que la tímida es azul. Está inmóvil. De cuando en cuando, sin embargo, su mano abandona el brazo del sillón para alisar su barba negra; una mano fina y gardezuela llena de enormes sortijas. Su cara es hermosa, aunque un poco gruesa. Sus grandes ojos brillan de inteligencia. Y en su frente se ve la arruga vertical heredada de David su padre.

Detrás del rey, están colocados los ministros, los sacrificadores, y los rabinos

sobre un estrado en círculo adosado al muro del fondo.

Los oficiales de la guardia están de pie junto a los muros laterales, con sus escudos de oro puro terminados en punta....

La puerta monumental se abre, dando paso al gran chambelán de la reina de Saba.

Avanzó cinco pasos, se inclinó, y después del saludo dijo:

¡Oh gran rey Salomón!
la reina de Symbien y de

Saba, del Sur y de la Ma-
ñana, la Perla Purísima,
Reina de Reyes, Leonora de la
tribu de Judá, Dueña del
día y de la noche, Doma-
dora de las aguas fertili-
zantes, Dictadora de los
Elementos y de los Mares,
Makeda, hija de Anquebo, te
saluda.

El chambelán se apartó
y todos pudieron ver a la
que entraba.

Iba vestida con un
traje azul oscuro, como el
del mar sembrado de bor-
dados en oro y verde; un
traje que hacía de ella uno

de esos pájaros espléndidos
todavía desconocidos en
Judea, (1) - el pavo-real.

Una larga, oscura y
reluciente túnica, moldea-
-ba su cuerpo perfecto hasta
en los menores detalles.

Aquí y allá, en los ojos del
misterioso plumaje, resplan-
-decían las esmeraldas.

Este se prolongaba como
una cola ancha, de una
longitud asombrosa, or-
-lada de perlas enormes,
y sostenida en su centro
por dos enanas; se levanta-
-ba luego en una andaz
curva, y acababa, sostenida

(1) - ¿Cómo ignoraría esto Salomón
V. C.

por dos gigantes.

Era mujer-pájaro, avanzó con paso lento, la cabeza inmóvil bajo una peluca de púrpura, adornada con un penacho rojo, la mirada fija detrás del velo color de mar. En sus piernas brillaban rubies y zafiros ensartados en hilos de seda.... Y en medio del religioso silencio que reinaba en la sala, solo se oía el dulce ruido del oleaje de perlas que rodeaba su cuerpo.

Era impaciencia por ver su cara oprimía todos

los corazones.

Salomon habia descendido lentamente los seis escalones del estrado.

Se paro delante de Makeda.

Ya estan uno frente a otro.

Con un habil movimiento la levanto el velo.

Ocurrio entonces una cosa sorprendente: Aquel cuya sabiduria era con justicia renombrada en todo el universo, quedose unos minutos privado del uso de la palabra y del gesto.

Alli estaba ella, cuya leyenda intrigaba a todos

los pueblos. ¡ Oh estupor! Ahora que Salomón lo veía tan de cerca, le parecía más misteriosa todavía. Pequeñita, con majestad, gracia, solemnidad; maravilloso conjunto en un cuerpo humano de los más divinos contrastes. Aquella boca de rubí.... aquellos grandes ojos, insondables como el mar en la noche.... ¿ Que edad era la suya. ? ¿ Como definir el tinte de su carne. ? ¿ A que flor, a que piedra preciosa, a que maravilla del mundo compararla sin blasfemar. ?

Así soñaba el Eclesias-
tás al contemplar a la
reina de Saba.

Y Salomón continuaba
en su ensueño.

« Ninguna de las mujeres
que me sedujeron hasta hoy
merecen ser comparadas
con ella. Ni la hija del
Faraón, ni la princesa de
los Abires, ni una sola de
mis esposas y concubinas
cuyo número ignoro.... Y
sin embargo, yo había creído
reunir los cuerpos más her-
mosos y las caras más bellas
de la tierra.... Mas, he
aquí que una hija de Jehová
viene a mí con su belleza

virginal, y parece, que jamás se ha posado mi mirada sobre la cara de una mujer....

Un murmullo sacó a Salomón de su ensueño, y dijo, rehaciéndose:

Que la reina de Siamen y de Saba, del Sur, y de la mañana; que la reina de la tribu de Judá. (1). sea bienvenida a mi Reino. Jerusalén es su ciudad, mis súbditos son sus súbditos y Salomón es su amigo....

Mientras hablaba así, colocaba en el cuello de Makerda uno de sus propios

(1) - El título de "reina de la tribu de Judá", suponemos que debía connotar Salomón, como rey de Judá.

collares, y el movimiento para hacerlo fue mas largo que la frase; las reales manos se retardaban acariciandola el cuello, los hombros y los brazos.

Makeda no dejaba su inmovilidad solemne. Solo un instante, el rubor coloreo sus mejillas, y esto acabo de conquistar a Salomon.

Tomo la mano de la reina, la ayudo a subir las seis gradas del trono y los dos se sentaron en el.

Entonces, los esclavos

portadores de presentes, vi-
nieron a prosternarse al
pie del estrado real y
depositaron sobre el tapiz
maravillas de todas cla-
-ses.

¡ Oh Reina de Reyes !
mi gratitud está a tus
pies. Me has traído mas
aromas, mas piedras
preciosas y mas oro que se
ha visto jamás en mi
Reino. ¡ Gracias a ti,
oh generosa, gracias a ti !
Con tus presentes ador-
-nare el templo en el cual,
tu nombre estará graba-
do por los siglos de los

siglos....

Porque los filisteos,
dijo Salomon con voz so-
lemne, destruirán un
día la Casa de Dios, pero
nuestros descendientes la
reconstruirán piedra a
piedra. Y los que vengan
después la volverán a
reconstruir. Tal es la
profecía que el Eclesiastés
hace hoy para ti, ¡oh
Reina de Reyes!

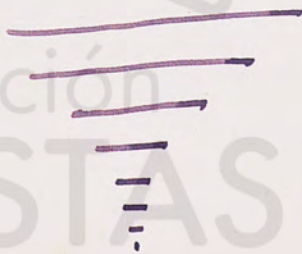
Y yo escribiré tus pa-
labras en mi corazón,
respondió ella. Makeda no

sabe leer en el porvenir, pero recuerda el pasado. Todos los días se repite las palabras de su padre el profeta Anquebo: «Trabaja, ¡oh hija mía! para reunir a los hebreos separados. ¡No tener mas que un solo pensamiento. No tener mas que una sola alma.». Tal es la máxima y la idea directora. y he aquí porque la hija de Anquebo ha atravesado el "Ular de Sangre....

Ofreció en seguida en holocausto ciento veinte

condersos (lo que le valió alguna simpatía por parte de los rabinos, un tanto prevenidos contra la extranjera). Después se procedió al reparto ritual del pan y del vino.

Así terminó la ceremonia.



-El festin de Salomon-

El festin, a la moda de Judea que ofreció Salomon a la reina, fue el mas suntuoso que jamas se vio en Jerusalem.

Todas las clases de alimentos lo fueron en numero de diez: diez platos de pescado, diez de carne

diez especies de verduras, y diez especies de frutas.

Se sirvieron pescados rojos de Babilonia, frituras de calabaza, sardinas secas, e trigados de pichon; pescados enanos flotando en una salsa, y un pescado gigante de dos codos de largo, aderezado con imágen de diatiles....

También se sirvió patata de cordero con flores aromáticas, perdices con las plumas, sobre nidos de pastas coloreadas, una ternera servida

entera y en posición vertical, pollos blancos con limón, ... formando todo esto un verdadero edificio colocado sobre una bandeja que sostenían diez esclavos. ... monumentos de pastelería de varios cobos de altura; pirámides de frutos olorosos, cremas perfumadas, y dulces de flores....

Los vinos, también apropiados: vinos blancos de Tiro, y tintos de Asiria; vinos color de sangre de las viñas de David, dulces de Corinto, y toda clase

de licores de esmeralda
y de oro....

Salomon y Makeda
se habian colocado en
medio de una mesa en
arco, resplandeciente de
candelabros y de copas.
En el centro de la sala
evolucionaban unas dan-
zarinas cubiertas tan solo
con unas gasas, al son
del arpa y del loto. Otras
veces, unos adolescentes
se aproximaban a Makeda
para entonar a su oido
canticos compuestos por
su señor....

Pero sobre todo, la
musica que escuchaba Makeda

era la de las palabras de Salomón:

- Has aparecido ¡oh Perla! y ya mi vida ha cambiado de dirección. Dic-tadora de los mares, lo eres también del corazón de Salomón. Tu puedes, a tu antojo y arbitrio, hacer reinar en el alma del rey de Judea, la tranquilidad, o levantar la tempestad. El gobernaba pacíficamente con un loto en la mano, edificaba el Templo, administraba justicia, componía proverbios. Pero he aquí que

una mirada tuya le ha
vuelto ^{timido} como un niño, cau-
-tivo como un leon traído
entre cadenas del desierto....

En tanto que así
hablaba, con una mano
experta al par que audaz
acariciaba a su compa-
-ñera atenta y halagada;
recorria sus frescos brazos,
sus tibios senos, sus costa-
-dos. (1). Y tan agil, tan
ligero era siempre su
movimiento que ello no tenia
tiempo de defenderse y solo
podia sonreir.

¿Timidez.? ¿Habil y
profundo engaño.? ¿Era

(1). Son muy especiales estos hijos
de Jehová.

seguridad en si misma,
ciencia consumada. ? No.
Ella, la orgullosa Makeda
se sentia intimidada,
turbada hasta las ve-
-nas, (?) dominada. Si,
dominada por primera
vez en su vida.... Pero ex-
-perimentaba placer. ¡ Cier-
-to que todos aquellos
brebajes....

Se rehizo un poco
cuando el la propuso
vivir en uno de sus palacios
particulares.

No puedo, dijo ella.
¡ Eh! ¿ que es lo que
no está en tu poder. ?

¡ Oh Salomón! la reina de Saba gobierna centenas y centenares de miles de hombres, pero no es la dueña de su propio corazón, ni de sus deseos. Makeda vive bajo la vigilancia de rabinos suspicaces. ¿ Que dirían si vieran a la Perla pura vivir al lado de un rey lleno de audacia y de seducción. ?

- Tus palabras se han vuelto enigmáticas, y tu voz extraña. ¡ Oh Makeda! Quieres reír y tu voz traiciona no se que cosa

oculta.... ¿Sería que esta
vigilancia te importuna
y te pesa? (1).

Ella volvió la cabeza.

- Pues que, ¿no es Ma-
-Keda soberana en su cam-
-pamento.?

No, no lo es

¡Singular contra-
dicción! llena de sentidos
ocultos que sería preciso que
resuelva el Eclesiastés, por-
-que ^{es} el enigma de tu tor-
-mento....

¡Que pronto había
sobido ver su secreto tan
cuidadosamente guardado!

(1) - Al hacer esta pregunta, no
demuestra Salomón una gran
agudeza de ingenio.

Ella se dio cuenta de su penetración, pero no quiso abordar aquella misma tarde un asunto tan grave y tan complejo. Además, se encontraba en un gran estado de turbación....

- Dejemos esto, te lo niego.

No antes de que hayas aceptado la imitación de tu huésped.

Yo no puedo, te digo.

¡Pero tu lo quieres!

Escucha. Te voy a enseñar un medio de engañar el espíritu suspicaz de tus guardianes. Las noches son frescas en Jerusalén

durante esta época. Al
entrar en tu campamento,
finges una fuerte tos, y
mañana toses todavía
más, y más por la noche.

Tus mismos consejeros te
sugirían el que vengas
a vivir a la ciudad.

Y como Jerusalén no
cuenta con otra casa
digna de cobijar a una
reina de tu grandera, y
pareciera natural a todos
que vengas a residir a
uno de mis palacios....

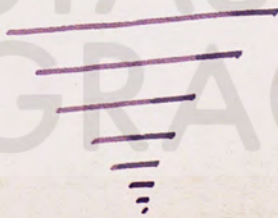
¿No dices nada.?

- No se que decir ¡oh Salo.
-mon!

Pero sonrías. ¿Cuál es el pensamiento de Makeda? ¿Consiente en la estratagemma?...?

Es, que comienza a sentir el haber venido sin desconfianza, al lado de un hombre tan lleno de astucia como el rey Salomon....

Las enanas de Makeda, la oyeron toser mucho a la noche siguiente.



XI

La mayor turbacion
de Makeda.

Pocos dias mas tarde, Makeda recibia a Salomon en el palacio, que habia hecho preparar para ella con amorosa diligencia.

Llego al crepusculo vestido con un traje de seda

verde, como el cielo a
aquella hora, coronada
la cabera simplemente de
frescos frescos.

Makeda le esperaba
en la Sala de audiencias.
Tendida sobre un diván
sembrado de almohadones
bordados de perlas (poco
comodos me parecen que
serian. v.c.). A sus pies
dormían dos cachorros
de pantera. Imposibles
como estatuas, doce es-
clavos negros, junto a
los muros sostenían
sencillas antorchas, y a
cada lado del diván, los
flabeliferos balanceaban

ritmicamente abanicos
de pluma de avestruz.

La reina vestía en
la moda de las princesas
del Yemen; pantalón bom-
-bacho sujeto a los tobillos
y sostenido a la cintura
por un trenzado de piel
de gacela. El torso, des-
-nudo salvo dos sostenes
de oro. Finas sandalias
de cuero bordado, dejaban
ver el magnífico
color rosa de los talones.

Habia hecho venir
a Solomon aquella tarde
para consultarle el secreto
de su tormento. El pudor,
impedía abordar de frente

un asunto tan delicado.
Se conformó con hacer
señalar la conversación
sobre los principios legis-
-lativos que ella defendía
con fuego....

- Yo he querido que mi
nombre quede grabado en
la historia, como el de la
mujer que ha osado afir-
-mar la superioridad de
sus hermanas, hasta en-
-tonces humilladas y
-escarnecidas. ¡Oh Salomón!
tu que sabes responderme,
¿he sido injusta.?

No, respondió el, porque
si se comparara tu inteligencia

con la grandezza de tu Imperio, un espíritu recto no puede considerar a tu sexo como inferior. Pero dime; he oido decir que tus leyes han osado penetrar hasta en la intimidad de la familia y del emparejamiento, trocando la situacion del hombre y de la mujer en el matrimonio. Yo debo decirte ¡oh Alaxeda! que a este respecto tus reformas me parecen gravemente contrarias a las leyes mas sagradas de nuestra religion

comun.

- Y sin embargo, la he respetado siempre con todas las fuerzas de mi alma, dijo ella. De lo que soy enemiga es del amor de los hombres. El amor es aborrecible, ¡oh Salomon! Impuro en su esencia, funesto en sus efectos. Por eso, la llamada Perla le ha perseguido implacablemente en toda la extensión de sus Estados. ¡Odio al amor! Yo, le he destruido en mi Imperio.

Salomon, se rio.

¿Estás bien segura?

¡Sí, estoy segura! Yo lo he querido y se ha hecho.

Tus ensortijadas manos de Salomon tomaron las de Makeda

-Y no obstante, ¿que amargura es esta que endurece tu voz encañada. -ra cada vez que se trata de estas cosas. ¿De permítes que te lo diga. ? Tu hablas de estas cuestiones con un candor que rasombra en una mujer de tu espíritu.... ¿No ves que tu apostolado cruel es irrealizable como todo

lo que es contrario a la naturaleza. ? ¡Que asombrosa ceguera! Pero Salomon encontraría sin esfuerzo la clave de este enigma: es, que Makeda conoce el arte de la guerra y el de gobernar, pero desconoce el amor... ¿Será que no ha amado nunca. ?

- ¡Y nunca amará!

¡Jamás daré este degradante ejemplo a mis súbditos!

¿Jamás. ? Con que pasión repites esa palabra desprovista de sentido en el país de los mortales ¡Oh Makeda! esta emoción

que hace levantarse tu
pecho, mientras pronuncias
esos juramentos insensa-
-tos, di, ¿como se llama.?

Y como ella no res-
-pondiera, el siguió: ¿Podré
decirlo yo.?. ¿Quieres despe-
-dir a los esclavos de las
antorchas.?.; la mucha
luz espanta al genio de
las palabras. Y díles que
me traigan un loto, pues
quiero cantar para ti.

Ulkeda le complació.
Cuando la sala quedó
solamente alumbrada con
dos candelabros, el rey-
-poeta improvisó:

Fue un cantico de

amor lleno de nombres de flores, de pájaros raros, de animales nobles.... y de cosas corporales representadas por estas imágenes: los ojos, las mejillas, la boca, los senos, y otras partes más secretas. A cada estrofa, el cantor se hacía más temerario, se evadía más osadamente de las alusiones. Así, la que escuchaba, se sentía gradualmente desnudada por las palabras impudicas. Pero ya no podía escapar al sortilegio. ¡Ah! era encantadora la

astucia. La reina, con los ojos cerrados se abandonaba a la caricia de la hermosa voz y del sonido del loto monocorde; la adormecía aun el ronroneo de las panteras.

Cuando abrió los ojos, la cara de Salomon estaba muy cerca de la suya.

¿Que sucedia? ¿No cantaba ya.?

¡No; no cantaba ya!
Habia arrojado su loto sin ella apercibirse.

Y ahora, arrodillado cerca del hermoso cuerpo tendido, Salomon acariciaba

con su mano sabia el
pecho de Makeda, sus ca-
-deras, sus costados. No
era un cántico lo que
ella oía; sentía un
aliento de hombre pléto-
-rico de deseos, y al cual
respondía, ¡oh vergüenza!
- ¡vergüenza y delicia! -
la involuntaria aquies-
-cencia de su propio cuerpo
en delirio....

De pronto, el cinturón
de piel de cabra se rompió....

Salomon dejó escapar
un breve grito de triunfo.

Peró Makeda, brusca-
mente rebecha se le escapó

¡Oh divina, oh divina!

exclamó arrebatado. (1) ¡que
belleza mas que humana
acabo de entrever! ¡No me la
ocultes mas! ¡Déjame con-
templar tu cuerpo; que te
pueda cantar en estrofas
inmortales! (2) - ¿Que temas?
Frente a una cosa tan per-
fecta Salomon no es mas
que un poeta.... ¡Quédate!...
Ves; vuelvo a coger mi loto!...

Estuvo a punto de obe-
-decer, en medio de su con-
-fusión, pero la malicia del
rey era tan notoria, era
tan clara! Se envolvió

(1) - ¡En que estado mas lamentable
se encontraba el buen señor!

(2) - El hijo de Jehová es tan
sinvergüenza como inmodesto.

en su velo y brujó.

Reapareció un momento más tarde, vestida a la moda egipcia; una sencilla túnica plegada, bajo la cual se transparentaba su cuerpo.

Pero la severidad de su cara contrastaba con la indecencia del traje. (1)

Me has ofendido. ¡Oh Salomon! dijo. Te habia invitado para tener una entrevista contigo, como se puede tener con un amigo de mas edad, y tú, aprovechandote de mi emocion.

(1)- La madre de los abisinios, es como diria un paisano mio, una cosa seria.

me has besado, con besos,
que no son los de un amigo
ni los de un hermano....

¿Y quien te ha enseñado
las distintas clases de besos.?

- Lo he adivinado en mi
corazon....

¡Ah!; tu no deberias ten-
-tarme asi. ¿Ignoras tu
entonces que la Perla de
Axum ha hecho voto de
castidad, y que su pureza
pertenece a su pueblo.?(1).

¡No!. Tu no lo ignoras, pero
haces como que lo olvidas, y
esto no es señal de amistad.

Y mientras hablaba asi,
sentada, con el busto erguido.

(1) - La ingenua reina que cambia de
trajes como las vicetiples de Roma es
una hipocrita, y... tal.

pero con los senos palpitantes acariciaba con el pie el lomo de su pantera favorita.

Salomon la contemplaba.

Tu le huyes al amor, dijo el, pero ¿crees que tu comportamiento sea el de una virgen enemiga de los hombres.? Si temes los besos de Salomon, ¿a que provocar su pasión.?

Makeda guardó silencio. ¿Podía decirle que le era dulce sentir el deseo.? ¿Podía declararle que experimentaba en este juego un placer que iba hasta

el dolor.?

Veó que en lo conve-
niente a estas cosas - volió
el apleir - no sabes con certeza
lo que quieres y lo que no
quieres. Tu inteligencia y
la fuerza de tu caracter
han hecho de ti la Empe-
radoriz mas grande de la
tierra, y la mas rica; pero
ante el problema mas
sencillo de la vida, te veo
indecisa, desconcertada
como una niña... ¡Vamos
Ulaketa, habla! Confíesame
lo que tienes en el corazon.
... Ves, mis manos son
sábias, soy todo respeto...
Ahora era en ella

donde heria la pasion

- Hoy no, suplico. Aqui
no... sola contigo no. Reune
a tus doctores ¡oh Salomon!
Entonces, en presencia suya
y tuya, alakeda expondra
solemnemente el motivo de
su turbacion y pedira con-
-sejo.

¡ Bien !; el gran Divan
de Jerusalem, se reuniria,
dijo Salomon.



Quando partio Solo-
-mon, se desnudo alakeda,
quitose hasta la ultima
alhaja, y vistio una tunica

completamente negra.

Entró en la cámara de las plegarias y apagó todas las luces dejando tan solo una lamparilla roja.

Sin dejar de mirar a la llanita se arrodilló con recogimiento. Un silencio absoluto reinaba a su alrededor. Cuando este se apoderó también de su corazón, golpeó su frente contra las escalinatas de mármol.

Poco a poco huía de su cuerpo la sangre de fuego para no afluir más que al cerebro, y al haberse golpeado cincuenta veces tendiose sobre el suelo y con los ojos cerrados se

miró ella misma.

Era la primera vez, después de su llegada a Jerusalén, que se encerraba de este modo en el gran silencio interior. Presa en el torbellino de las fiestas, aturdida, embriagada, había perdido la dirección de sus sentimientos, de sus pensamientos.

Mas, he aquí, que progresivamente recobraba la calma entre aquellas piadosas tinieblas....

¿Que había sucedido durante el periodo de aturdimiento?

Simplemente, que un hombre

se había introducido en su corazón, con paso majestuoso y seguro. Ahora era a Salomon a quien amaba.

Pero ¿y Assadaron? ¡Ah! ¿que importaba Assadaron?.... ¿Existía todavía para ella el impetuoso y torpe asirio?.... Ciertamente, en un rincón privilegiado de su corazón, allí donde la mujer gusta jugar en sus horas de ensueño con el recuerdo del primer amor.... ¡Querido Assadaron!.... Tu tenías la juventud y su fuego

pero Salomon tiene la
inteligencia, y su fascina-
-cion es sin par....

Y, ademas, Salomon
adoraba como ella al Dios
de Moises. El pueblo que el
gubernaba era hermano del
suyo. Por instantes, le parecia
a Makeda que su padre
sonreia desde el cielo, a su
amor a su próximo matri-
-monio....

¿Casarse con Salomon.?

¿Era este su deseo.?

Si, porque le amaba.
Le amaba, y este era el
argumento fundamental.
Su orgullo, su rencor contra
el hombre. y hasta aquella

fieresa virginal, indomable
que consideraba como su
más preciado tesoro; todo
esto, lo ofrecía. Aspiraba tan
solo a ser una mujer entre
los brazos de Salomón; a
gustar contra su seguro
pecho, el olvido de todas
las cosas, y la divina hu-
millación.

Esto es lo que Makeda
la Pura leyó en su alma
claramente.

Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

— XII —

La liberacion.

Llegó el día de la
solemne consulta al Sa-
grado Divan

Los mas considera-
dos de los Doctores de
Jerusalen estaban allí,
sentados en semicírculo
ante Salomon que presidia
vestido con la túnica de

administrar justicia.

En cuanto a Makeda, estaba asistida por su consejero privado Levy y del gran rabino de Saba.

Vestía su traje mas costoso; el de las virgenes de la tribu de Judá; la túnica de algodón blanco, bajo el diorib de ocho codos arrollados al cuerpo. Ni una sola alhaja en sus manos, ni en su cuello, ni en sus cabellos.

Cuando todo el mundo tomó asiento Salomón se levantó y dijo:

¡ Oh vosotros, hombres sobrios de Judea, recordad que es una hija de Israel

la que hace llamamiento a vuestra sabiduría. Su dios es nuestro dios, su religión es nuestra religión. ¡Quiera Jehová disponer vuestros oídos a la comprensiva atención y dictaros las palabras esclarecidas!

El Consejero Levy dió lectura al documento redactado por Uakeda.

« El primer problema, ¡Oh Solomon!, y vosotros Doctores de Jerusalén, concierne al gobierno de mis Estados. »

« Mi padre venerado me dió tres consejos:

« Es necesario hija mía,

agrandar sin descanso
el Reino, para la mayor
gloria de Dios.»

«Este es el primer con-
sejo.»

«Es necesario ¡oh hija
mía! unir las partes sepa-
radas del Imperio de Israel
para la salud del pueblo
de Dios.

«Y he aquí el segundo
consejo.»

«Es necesario, hija mía
que seas fabulosamente
rica y gloriosa para el
prestigio de la realeza que
te ha dado Dios.»

«Y este es el tercero y
último consejo.

« Por eso he sido ávida de territorios, y belicosa.

« Pero al saber que jere en el país el "Muy Sabio Salomon, sentí un escrípulo.

« Y aquí viene en consecuencia la primera pregunta:

« ¿ Debo continuar haciendo la guerra, ó convertirme en una reina pacífica. ?

Se hizo un silencio embarazoso. Aprobar la conducta de la reina de Saba, era censurar la de Salomon, y aprobar la de este significaba censurar la de aquella.

Salomon se acari-
-ciaba la espesa y rizada
barba sonriendo. Se
divertía con el apuro de
sus consejeros.

- ¡Volvamos, expresad
vuestra opinión Doctores!
Como este debate concierne
a una persona extran-
-jera, la discusión es
libre.

Hubo algunas opi-
-niones prudentemente
aventuradas:

- Es problema que un
jefe de Estado resuelve se-
-gún que su carácter sea
belicoso o pacífico, dijo
Natán.

- Digámoslo mejor;

dotado para la guerra
o habil para las artes,
corrigió Simeon

Salomon interino

- ¡Oh Maxeda! El
producto de tus conqui-
-tas lo has consagrado
a la mayor gloria de
Jehová. Medido todo, ni
mis Doctores podemos
acharar tu primera pre-
-gunta. La autoridad
de los reyes viene de Jehová.
El los juzgará según el
uso que de ella hicieron.
La respuesta está en
tu corazón, ¡Oh Maxeda!
¡Oh, que bien sabe
despertar en quien le

escucha los pensamientos
dormidos!, se dijo ella.

Después y en voz alta
repuso:

Comprendo en el fondo
de mi alma, las censuras
tracitas que encierran tus
palabras ¡oh tu, llamado
el Pacifico! Maxteda ten-
-dría en cuenta tu res-
-puesta no pronunciada
y no volvería a ser la
temida sino la amada.

Hizo signo a Levy
de que continuase la
lectura.

«El segundo proble-
-ma ¡oh Salomón! y vo-
-sotros Doctores es de
orden privado y ese

compone de tres preguntas:

« Los rabinos de Axum,
¿tenian derecho a exigir
de mi padre el hacerme
prestar juramento de
permanecer virgen hasta
mi muerte. ?

« Esta es la primera
pregunta.

« Un juramento arran-
-cado a una niña incapaz
de comprender el sentido
de las palabras, ¿es validero
ante Dios. ?

« Esta es la segunda
pregunta.

« Si un tal juramento
liga a la reina del pais
en donde ha sido pronun-

-ciado, ¿no cesa de ser
válido desde el instante en
que esta reina desplaza su
trono para reinar en la
capitol de un país con-
quistado. ?

« Y esta es la tercera
y última pregunta.

Se hizo un silencio
pesado.

Los Doctores miraban
de reojo al rey, bajo sus
párpados entornados. Los
ojos del viejo Haizar esta-
ban borrosos. Salomon
mismo, no sonreía. Ma-
reda observaba una ri-
gurosa inmovilidad, pero
bajo el casto dirrib, ¡ con

que fuerza latía su
corazón!

«¡ Oh Eterno, libérame!
¡ Oh Salomón, oh sabios de
Jerusalén, iluminadme, des-
ligadme!, exclamaba ba-
-ra Jo, el secreto de su traje
virginal toda su maravi-
-llosa carne torturada....

¡ Oh consejeros! respon-
-ded a la reina Makeda,
dijo al fin Salomón. Ella se
ha dignado consultarnos
acerca de una cuestión tan
intima. ¡ Vamos, decid lo
que pensáis de un jura-
-mento que priva a una
criatura de Dios de la
alegría de engendrar.!

Esto era dictar la

respuesta, y los corazones se sosegaron. Vieron entonces, que agradecer a Salomón era agradecer a Ulakeda.

El Gran Rabino, Ben Eliezer habló el primero:

- La palabra de Dios debe guiar en toda ocasión. ¡Oh Reina! Dios ha dicho: « Id, creed y multiplicaos. » Todo juramento que contradiga un precepto tan santo, no puede ser más que impio, haya sido pronunciado por el adulto o por el niño, y en cualquier lugar.

Simeon el levita

habló el segundo:

- Dios hace bien lo que hace. ¡oh Reina! El ha dado a los humanos cinco sentidos; la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Nada de lo que se haga con estos sentidos es malo, a no ser con exceso. Luego, cada uno de los cinco, encuentra en el acto carnal su término supremo; es lo que se llama amor en la tierra, por el cual, el hombre y la mujer se acercan más a Dios que los ángeles, y cualquiera que prohiba un acto tal injuria a Dios. ¡oh Reina!

Haizir habló el
tercero y lo hizo con voz
temblorosa.

¡ Dios es grande Reina
magnífica entre todas las
mujeres! y de El procede
toda belleza. El ha creado
la mujer para expandir
la belleza por el mundo.
No te hurtes por mas tiempo
a la tarea esencial de
extender el encanto que
detentas, ¡ oh magnífica
entre todas las mujeres!

Mareida bajaba los
ojos. Todas estas palabras
corrían por su alma
como el agua fresca en-
tre los labios, del que
vaga días y días a través

de horridos desiertos.

¿Que la impulsaba
sin embargo a defender
la virtud de aquel jura-
mento, que cada uno, y
su propio corazón conde-
naban en terminos tan
luminosos. ?

No obstante, los dio-
ses de ciertos pueblos, ¿no
encuentran agradable
que las jóvenes afectas a
los servicios de su templo,
hagan juramento de
virginidad. ?

Fue entonces Salomon
el que respondió:

Dices verdad. Estas
prácticas existen todavia
por el mundo. Estas virgenes

se dedican a sostener el fuego sagrado; pero fijate, durante un número de estios solamente. Pasado este tiempo, otras jóvenes las suceden en el templo, y desligadas de su juramento se casan. Hay religiones mas sanguinarias, que exigen la inmolation de las virgenes sobre las gradas del altar. En Babilonia los adolescentes varones que se dedican al culto del amor de la lubrica y cruel Istar, deben mutilarse con sus propias manos el dia de la fiesta de Canstar.

¡Extraño homenaje al amor, caprichos insensatos de religiones fervores y bestiales... Pero ¡nuestro Dios. ¡oh Makeda! ¿no es todo bondad para sus criaturas.?

Callóse algunos instantes; después volvió a decir con voz dulce:

Si dudas todavía ¡Oh Makeda!, Ben Eliezer, Gran Rabino de Jerusalem te desligaría solemnemente frente al Todopoderoso en el Tabernáculo mismo. Ninguna mujer hasta hoy ha penetrado en el Santuario. Pero tú eres so-

-berana y por tanto i-
-gual a los reyes. Puedes
en esto, ser considerada como
un hombre....

A una señal de Sa-
-lomon, el gran Rabino
y el Levita asintieron. Y
Ulakeda muy emocionada
por este favor supremo que
iba a conferir a las pa-
-labras liberadoras un
caracter religioso irrecu-
-sable, marchó a sus ha-
-bitaciones para vestir
por ultima vez como un
hombre.

Apareció un momento
mas tarde ceñida con el
duro uniforme de los chums

hecho con mallas de plata.

Conducida por el Gran Rabino, la escolta se dirigió hacia el Templo entre dos hileras de hombres armados y acompañados de un gran concierto de canticos.

Y casi enseguida, la masa enorme y blanca del Templo se alzó ante una plaza, sobre las doce terrazas superpuestas, con su triple recinto de murallas, flanqueadas en sus ángulos por torres cuadradas.

La enorme y airosa pirámide de siete pisos, cada uno con siete ventanas parecía venir a colocarse

ante ella, resplandeciente
bajo los rayos del sol que
alumbraba con su ma-
-jestad la galeria de co-
-lumnas.

Y el chum subió
lentamente las sesenta
gradas que conducian al
primer piso.

Y la puerta triunfal.
nunca franqueada por
una mujer se abrió ante
el guerrero.

Traspasó el dintel
sagrado la virgen de Axum.

Subió las siete gradas
simbólicas.

Y el tabernáculo se
la apareció en todo su
esplendor, de oro inenustado

de piedras preciosas, encaí-
-drado por querubos alados
grandes como varios hom-
-bres, de oro también.

Iguualmente lo era el fondo
del Tabernáculo, y las
llamas del fuego sagrado
y perpetuo de un oro un
poco más rojo.

Se prosternó hasta
tocar con la frente en el
suelo de mármol; en tanto
que Salomón, los rabinos,
todos los que habían acom-
-pañado a Makeda, supli-
-caban a Dios igualmente
con grandes gritos acom-
-pañados de genuflexiones.
Makeda habló así:

¡ Oh Señor !; yo te ofrezco ciento ochenta machos cabrios blancos, como expiación del juramento impio que me fue arrebatado valiéndose de mi ignorancia. ¡ Perdona Señor !

Casi al momento se oyó el balido lejano de las bestias degolladas.

Continuo:

Yo me comprometo, ¡ Oh Señor !, a ofrecerte además un macho cabrio en cada luna, y para incensar tu casa ciento

ochenta sacos de mirra....

Pero, ¡libérame del juramento ¡oh Jehová!

Entonces el Gran Rabino pronunció la fórmula liberadora.

Tu, Makeda, reina de Saba, de los mares y de las dos tierras del Sur y de la mañana, quedas desligada de tu juramento de virginidad. Es Jehová quien te lo dice por boca de

Ben-Eliezer, su servidor

Y cuando Ben-Eliezer hubo hablado, una música triunfal estalló como un

trueno en el Templo; un
hossanna formidable
como si hubiera sido la
naturaleza la que usa-
baba de ser liberada,
proclamó su alegría en
todas las direcciones de
la tierra.



Fundación

ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental

— XIII —

La última turbación
de Makeda.

Ocurrió entonces en
el alma tanto tiempo
enlutada de Makeda, un
fenómeno que sorprendería
incluso a una intelligen-
-cia tan advertida de
todo como la de Salomon;
no fue la alegría la que hizo

irrupcion en aquella
alma liberada, sino la
angustia — esa angustia
misteriosa que se apodera
de los seres doloridos, en
el momento mismo en que
la dicha que desespera-
ban hallar, se les ofrece
y la mano no tiene mas
que cogerla.

Al dia siguiente de
la decision del Divan, al
caer la tarde, Salomón
recibió a Makeda en la
terrazza de su palacio.

Era esmeralda cre-
puscular tenía todavia
el horizonte, pero ya en
las profundidades azules

lucian algunas estrellas:

Unos músicos, disimulados en los jardines hacian oír dulces acordes.

Tambien estaban invisibles los innumerables rosales pero la brisa, traia al pasar sus perfumes, y esta brisa era tibia.

Sin embargo, Makeda no quiso despojarse de la piel de vitrea de Tacatzi con^{ta} que estaba cubierta....

Pasado un momento de comun ensueño, la voz tranquila de Salomon, un poco emocionada — todavia, pronuncio estas palabras:

Muchas veces, ¡Oh Alakéda! me has hablado de ese sueño grandioso acariciado por tu padre, de ver un día, desde lo alto de los cielos a todos los hebreos del mundo formando unidos un solo Imperio. Debes haberte apercebido también; ¿no es cierto? de esta marcha tan segura como misteriosa a través de los espacios y de los tiempos, de nuestros dos destinos...

Y como Alakéda permaneciese silenciosa continuó:

Te suplico que seas
mi esposa ¡oh Alakeda!...

Ella dijo entonces con
voz debil:

Habia ya comprendi-
do ¡oh Salomon!; tus pa-
labras tienen la trans-
parencia del agua... pero...

¡Pero!....

No puedo darte la
contestacion esta tarde

¿Por qué? ¿A quien
sino a ella misma ha de
consultar la dictadora
de los vientos y de las aguas? 2

- A su pueblo, ¡oh rey
sabio! (1). Cuanto ha pasado

(1) - Ahora nos resulta democrata
la reina. Isabel II, o así -.

aquí se lo he advertido
a mis subditos por medio
de señales. Déjame conocer
su opinión antes de res-
ponderte. Te pido un plazo
de tres veces siete días

¡Tres veces, siete días!;
esto es mucho para mí, pa-
-ra un hombre apasiona-
-do. Mas no importe; Salo-
-mon en sus proverbios
aconseja frecuentemente
la paciencia, para no ob-
-servarla en su propia
conducta. Esperaré.

Y sin duda, estiman-
-do que tanta sumisión
merecía recompensa, quiso
darla un beso, separando

la importuna piel de
nustria.

Makeda se cubrió con
presteza.

Era vivacidad del gesto
intrigó a Salomon.

Tu inquietud, ¿tendrá
otras causas mi bien a-
-mada.?

Ella lanzó un largo y
triste suspiro.

¡Ah Salomon!, yo soy
una mujer extraña que siem-
-pre ha aborrecido la de-
-pendencia. Al ser tu esposa,
¿no será también tu sierva.?

- ¡Esta palabra me hiere!
Precisa que tu larga y bárbara
soledad haya obrado per-
-niciosamente en tu tem-

- peramento para que uses
considerar como humillan-
te la union del hombre y
de la mujer. ¡ oh Makeda!
Bien lejos de embellecer a
la que se da, el amor
perfuma, embellece su vida.
Para ennoblecer la exis-
tencia de sus criaturas,
y no para degradarlas. El
creó las mujeres y las
flores, é imaginó que su
obra se continuaria con
el tiempo por medio del
deseo y de la conjuncion
de los sexos.

- Sin embargo, cuando
Jehová creó al primer hombre
no le dio mas que una es-
posa. ¿ Por qué tu . . . ?

El pudor la impidió continuar, pero Salomon que la observaba atentamente había notado desde hacía un momento que su mirada se dirigía hacia la casa de sus concubinas. En aquella hora tranquila y soñadora, se escapaban de la lujosa mansión cientos de mujeres....

El rey dijo:

- Es verdad ¡oh Alakeda! Salomon tiene varias mujeres; muchas. Tiene centenares, pero, ¿que te importa? Su mismo número, ¿no te demuestra que no las amo con amor? ¿No sientes en tu corazón, que eres la sola

La irónica.?

La reina no pudo contener una sonrisa de satisfacción, pero dijo enseguida:

Tu intentas disipar mis temores con palabras embriagadoras ¡oh Salomon! mas no lo lograrías. Pues que, ¿el hombre tiene derecho a repartirse y la mujer no.?

Ciertamente.

- Injusticia irritante

Es febril el que ha querido que las cosas fueran así. Ha hecho al hombre de tal manera que no pueda contentarse contentarse con una sola

esposa, y a la mujer de
tal otra que no pueda ser
la única esposa del hom-
-bre. En cada luna, ¿no
queda incapaz para sa-
-tisfacerle, y lo mismo en
los largos meses del
embarazo.?. ¿Es necesario
que durante este tiempo
el hombre vaya a las
tabernas y vuelva borra-
-cho.?

- Tus palabras son
para convencer a la ra-
-zon pero no al corazón
de una mujer altiva. Si
Makeda se casa con un
hombre, entiende que es
para ser su sola esposa.

Me asombras. ¿No es
mas halagador ser la
preferida a ser la unica.?

Tienes respuesta para
todo, dijo ella vencida.

Por el sonido de su
voz comprendió el rey, que
valia mas no apurarse a
ultrareda aquella tarde,
y poco despues la dejó
partir habiéndola reno-
vado la promesa de es-
perar pacientemente su
decision durante tres
veces siete dias.



—XIV—

El agua sagrada.

No fueron tres veces, sino seis veces siete días las que habían transcurrido, y la reina de Saba aplazaba todavía su contestación.

En vano para calmar sus escrupulos de soberana asegurábala Salomón que no pensaba reinar en

Saba; que su hijo, si el Eterno les daba una reina solamente sobre Symien y la Arabia.... Ella no dejaba de hacer objeciones poco fundadas: ¿y si sus pueblos se sublevaban al conocer la nueva.? ¿Y si la llamaban rápidamente a Saba.? Y además, la idea de pertenecer al hombre....

Salomon comprendió que solo la astucia podría vencer aquel capricho de la virgen.

Una tarde elaxeda invitó a Salomon, pero este supo hacerla beber hidromiel, y vinos secos de juda.

Astutamente había alabado el merito de ciertos pescados de Fenicia que se sirven muy salados....

Sedienta, la reina tendió su copa de oro a un servidor, ordenándole que se la llenase de agua pura de cierta fuente situada en el centro del patio.

¡Guardate al lado de beber esa agua!

¿Y por qué?. Tengo sed.

Porque es agua sagrada; un agua que mi pueblo considera como su bien. Quienquiera que la toque con los labios

cometeria un sacrilegio.

Si es así, ¡dame más vino!...

El rey sabio se apresuró a obedecer.

Una insólita alegría habíase apoderado de Makeda.

Voy a hacer que vengan bailarines, ¿quieres?

- Me obrarás de placeres ¡oh reina!

Vas a quedar asombrado.

Makeda dio unas palmadas.

Cuatro esclavos negros entraron, llevando una bandeja en medio de la cual se alzaba una estatuita

representando una especie de idolo minisculo, sentado sobre sus piernas cruzadas a la moda asiatica; un brazo en posicion horizon-
-tal y otro levantado. Los ojos eran de cristal.

Cuando partieron los esclavos dijo:

¡Ves esta estatua de oro macizo. ¡Oh Salomon!; Pues bien voy a darle vida.

¡Oh! no dudo que seas una poderosa maga, dijo Salomon riendo.

Makeda se puso a dar vueltas alrededor de la estatua haciendo signos

y simulando que la hablaba.
Y poco a poco, el oro se estremeció, el oro se animó. Alzose la estatuilla en el centro de la bandeja con una especie de largo espasmo; sonrió y al momento, como resucitada por los sonidos del arpa que tocaba Makeda de una manera exaltada, salió fuera de la bandeja, y danzó frenéticamente. Después, los dedos de la ejecutante se apaciguaron poco a poco; la danza de la estatuilla fue disminuyendo, volvió a la bandeja, se sentó de nuevo con su postura hié-

-nática, y cuando Ulakeda
hubo cesado de tocar, se
había quedado perfecta-
-mente inmóvil.

Salomon, maravillado,
suplicó a Ulakeda que le
revelase el secreto del prodi-
-gio. Ella rehusó riendo; pero
a manera de compensación
consintió en mostrarle cierta
danza egipcia de un ca-
-racter tan íntimo - dijo ella -
que se había visto precisada
a prohibirla en Saba.

Una pareja de jóvenes
bañarines tebanos, entró.
Muy bellos eran los dos; el,
torrado, musculoso; ella
delicada y de tinte muy claro.

Su exhibición era una pantomima que representaba las fases sucesivas de la evolución amorosa de los seres, desde la infancia hasta el matrimonio.

Tenia cinco figuras.

Primeramente se presentó la muchacha llevando una bonita adhangulit (muñeca) en sus brazos. imitando esos tiernos juegos de la infancia femenina que son la prefiguración del amor maternal.

Tal era la primera figura.

Pero el bailarín surgió

imitando el amor en la adolescencia, ignorante de los gestos exactos de los amantes. Esa muchacha volvió los ojos. Ni el uno ni el otro osaron tocarse todavía....

Tal era la segunda figura.

Ahora, el enardecido amante había enlazado a su compañera y danzaban juntos riendo alegremente sin dejar de mirarse. El obrero era casto aun pero ya se adivinaba que las miradas decían mucho mas que el solo propósito de juego. Se cambiaron algunos besos rápidos.

Tal era la tercera figura.

La danza se vuelve mas grave y mas lenta. Es la primera cita nocturna. El muchacho danza alrededor de su compañera, imitando el doloroso deseo y la enervante espera, mientras ella, se aparta todavia inquieta, angustiada.... El despecho se apodera del hombre; va a huir.... La virgen se arroja en sus brazos.

Tal era la cuarta figura.

Ahora, el, la lleva desnuda y la arulla, la mece, con una mano bajo los riñones curvados, y la otra que pasea sobre todo el frente de su cuerpo. La boca

muy cerca de la cara an-
helante de la vencida. El
peplo rosado cae a tierra.
Las pieles de pantera se
deslizan por el suelo. Allí
deposita su fardo palpitante.
-te....

Tal era la quinta
figura.

Pero apenas habia
comenzado la sexta, cuando
los bailarines debian
continuar la pantomima
colocados el uno sobre el
otro y completamente des-
-nudos, alzada, con gesto
brusco la interrumpio.

Y sin embargo debio
seguir con una vida y

profunda atención las
fases sabiamente graduadas
de la danza egipcia, porque
no se habia apercebido de
que durante todo este tiem-
-po, con la misma pruden-
-te y voluptuosa progresion,
la mano del rey habiase
deslizado bajo sus velos
mientras su boca mur-
-muraba a su oido pa-
-labras de las que perci-
-bia solamente la musica.
Asi, sin que ella se alarma-
-se la habil rodilla del
rey logro entreabrir las
sujas. (1).....

(1) - que inocentones son estos re-
yes sagrados.

Ella logró no obstante separarse. Salomon no se alarmó por aquella retirada. Había visto la zozobra de los bellos ojos, sobre el oleaje creciente del deseo, y comprendió que el naufragio de la virgen estaba próximo....

¿Me abandonas porque te dispones a bailar? osó decir el rey.

¿Crees haberte merecido, presuntuoso Salomon?

¡Ciertamente!, por la paciencia con que he soportado tus tergiversaciones cuéles.

- Es verdad, reconoció ella.

¡Pues bien! para demos-
-trarte que Alameda ama
también la justicia, accedo
a tu ruego; quiero danzar
para ti.

Se eclipsó con paso
ligero para reaparecer
casi enseguida despojada
de su anterior traje y
vestida solamente con la
túnica de gasa a la moda
egipcia; el torso desnudo
bajo una fina malla de
diamantes.

Los servidores habían
extendido sobre el suelo un
largo tapiz. en cuyos ángulos
colocaron cuatro cubiletes
de plata llenos de vino

hasta los bordes. (1) -

Makeda se arrodilló en el centro del tapiz; después se echó hacia atrás, con las manos en el suelo y el cuerpo curvado como un arco.

En esta postura describió todo un círculo, y cada vez que su cara vuelta pasaba cerca de uno de los cubiletes, le cogía entre los dientes y lo levantaba después sin que una sola gota se derramase.

Excitado por lo extraño de la danza, por la

(1) - Se prepara un número de circo

perfeccion del hermoso y dorado cuerpo cuyo prodigioso esfuerzo no lograba desalterar la armonia con ninguna ondulacion antiestetica, Salomon quiso tomar parte en el juego. Arrodillado frente a Makeda reproducia cada uno de sus movimientos, pero sin lograr nunca coger los cubiletes de plata. Ella le daba el que tenia entre los dientes, y el rey bebia. Y en esta medio embriaguez que velaba y multiplicaba las imagenes, sus miradas se confundian,

Se perdían la una en la otra.

Durante un largo espacio de tiempo, y siempre arrodillados, se perseguían y se revoleaban.

Varias veces cayeron entorpecidos. Una especie de risa incontinente sacudía a Matilda cuyos ojos brillaban. El se fingía borracho.... (1)-

Fue una reina todo fuego la que Salomon dejó a medianoche en manos de sus siervas. Ni un baño nocturno en la fresca piscina, ni una infusión de

(1)- La sagrada pareja, era como diría un paisano mío "una cosa seria". Nota pag 177-

sesos de paloma disueltos en leche de gacala, podrían serenarla.

Largo tiempo tendida sobre su gran lecho, febril, desnuda y con solo su collar de amuletos, esperaba el sueño inutilmente. Su lengua estaba seca, sus pechos duros, y sus sienes martilleantes. La música de las danzas lascivas proseguía en su cerebro, mezclado con imágenes de todas clases que iban y venían en torbellino obsesionante. Veía otra vez las sugestivas figuras de la pantomima egipcia ¡Ah!; ¿cuando llegaría

La respuesta de Symien?
Imaginabase ver sus torres
de señales alumbrándose
una por una, de montaña
en montaña...

¡Tengo sed! exclamó de
pronto. ¡Que me traigan agua
bien fresca!

Pasos apresurados; an-
torchas que se encienden.

Un minuto más tarde,
una enana le tendió una
gran copa llena del deli-
cioso líquido.

A grandes tragos al-
-Keda sació su sed.

Entonces dijo a la
enana: *Vuelve a acostarte

siento que mis párpados van
a poder cerrarse al fin.

Pero un rumor insólito
-to resonó en el pasillo.

Eran voces de hombre
Se separó la colgadura,
y he aquí al Gran Juez
que se dirige hacia la en-
-trada de la estancia, ves-
-tido de negro y rodeado de
escribas....

La reina tuvo apenas
tiempo, asombrada como
estaba, de cenirse un pepló....

¿Que venis a hacer
aquí a esta hora, hombres
audaces. ?

¡ Oh Reina! el Gran Juez
de Jerusalem tiene derecho

a penetrar a toda hora
en casa del ladrón sa-
cilego.!

¿ Del ladrón sacile-
-go. ?

¡ Es a ti a quien he
nombrado !

No comprendo.

El hombre vestido de
negro avanzó. Vió, a la luz
de las antorchas la copa
vacía, todavía húmeda.
Después, fijando sobre la
reina una mirada severa
dijo:
- Quien bebe el agua
sagrada de Jerusalén, co-
mete un delito grave, ¡ Oh

extranjera! ¡porque esta
agua es el bien del pueblo!
Pues que, ¿no te lo habia
advertido Salomon. ?....

- Si, convengo en ello,
gimio Makeda aterrada.
¡ Soy una aturdida! ¿Que
va a ocurrir. ?

Sin duda, traera esto
terribles consecuencias para
una reina que se dice
israelita y piadosa.

¿ No existe ningun me-
dio de dulcificarlas. ?....

Ninguno. En materia
tan grave, la justicia de
Jerusalem debe seguir in-
flexiblemente su curso.

¡ Tu te engañas juez!

En casos análogos el rey puede conceder su gracia, si así lo estima.

Salomon acababa de entrar, con su sonrisa enigmática a flor de labios; y con un aire, que no se sabía si era severo o divertido, reparó en el espanto de la hermosa sacrilega, sentada en su lecho de púrpura con los hombros temblorosos bajo su peplo insuficiente....

¡Retirate juez! ¡retírate escribas! Yo solo voy a examinar el caso de la culpable.

Salieron los hombres
negros. El rey de Jerusalén
y la reina de Saba es-
-taban frente a frente, y
se miraban. Por primera
vez la mirada de la
que jamás había des-
-fallecido no pudo sostener
la que la escrutaba. Bajó
los ojos y enrojeció.

Yo imploro tu clemen-
-cia, ¡oh Salomón! Considera
que he obrado por inadverten-
-tencia, imprudentemente....

El aturdimiento no puede
excusar lo que es una infracción
de la regla santa ¡oh Alameda!
Teniendo en cuenta tu habitual
piedad, te perdonaré, pero

mi clemencia estaría subordi-
-nada a una condicion....

¡ Te escucho Salomón !

El crimen que acabas de
cometer ¡ oh Uakeda !, es solo
comparable a otro crimen ;
el que cometieron contigo
tus robinos y tu pueblo
enajenando tu derecho a
procrear ; crimen, cuyo
maldad, ¿ te acuerdas ? fue
dejado sin efecto solenne-
-mente por el Divan de
Jerusalén. Tu has robado
el agua del pueblo de Judea.
El pueblo de Symien ha
robado tu libertad. La una
y la otra, el agua y la
libertad, son cosas sagradas

porque tu libertad era tu
bien imprescriptible. ¡oh ala-
-keda!, y no tu pureza el bien
de tu pueblo como lo has
creído durante mucho tiem.

-po.

Alakeda escuchaba
atentamente.

- Te sigo ¡oh rey! aun-
cuando tu razonamiento
sea sutil. ¿A donde quieres
llegar con él.?

A esto: Perdona - te
digo - perdona a tu pueblo,
culpable para contigo, y yo
perdonaré a la que es cul-
-pable para el pueblo de jeru-
-salem. Cesa pues de esperar
el consentimiento de Axum
y de Saba. ¿Pedirás la

opinión de los culpables?
¡Vamos Ulakeda, consiente
en nuestro matrimonio y
serás perdonada!

Ulakeda no pudo por
menos de sonreír. «He aquí
a que trato tan sencillo
conducía el sabio discurso»,
pensaba ella. Pero a pesar
de todo apreciaba su pro-
funda finura. Salomon, por
aquel subterfugio especial
había sabido desligar su
conciencia de los oscuros
escripulos que la atormen-
taban.

¡Que dulce es caer en
tus trampas! exclamó ella
¡En verdad me siento

dominada por tu inteli-
-gencia! Tu, has iluminado
hasta los últimos rincones
de mi alma, ¡oh mi rey!
¡Tu has resuelto todos mis
enigmas! ¡Tu me has li-
-berado! ¡oh alegría! ¡oh
dicha! Me siento como
arrebataada, como fuera de
mi.... Fija el día de
nuestro matrimonio; no
quiero pensar mas que por
ti. (1).

Tendria lugar esta misma
mañana porque todo está
preparado.

¡Pues bien sea!, pronto
seré tu mujer.

(1) - Crei que aprovecharia la
ocasion para decir alguna ordina-
-cion mas o menos biblica.

Duerme mientras
tanto ¡oh mi cierva de
Axum, oh mi rosa del
Yemen! ¡Duerme sola por
última vez!

Y Salomón besó tier-
namente a alaxeda en los
párpados; y alaxeda durmió.

Fundación

ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental
Archivo

— XV —

El esposo llevaría a
su mujer bajo su tienda.

Ukaxeda vistiose para
la ceremonia nupcial con
las vestiduras de ritual.

La primera, que iba
sobre su carne era de seda
color rojo amaranto. La
segunda de raso verde. La
tercera de gasa color naranja.

La cuarta, de gasa tam-
-bién, pero color limón. La
quinta, igualmente de gasa,
es de color albaricoque. La
sexta, de raso azul; y, la
septima es una inmensa
capa de brocado que
la cubre por completo.

Salomon llevaba
una túnica azul y enai-
-ma un manto dorado
bajo la capa carmesi.

Ella llevaba el cetro
de dedos de ébano, que
sujetaban la perla colo-
-sal.

El de Salomon
terminaba en una estrella.

Ya están prosternados

uno al lado del otro, en el lugar mas secreto del Templo; en el Sancta-Sanctorum, donde brillaban miles de dorados y de pedrerias, a traves del humo de la mirra y del incienso.

Al fondo se abra un triple muro de tapices.

Cuatro rabinos con vestiduras negras los descorrieron.

El Arca Santa aparecio en todo su esplendor.

Ben-Eliezer, vestido de seda color violeta se aproximó. Con religioso cuidado, y despues de infinitas genuflexiones, abrio el cofre de oro que contenia

la Thora (los cinco libros de Moises).

Era un largo papiro enrollado a un cilindro de madera de cedro, y que un sacerdote sostenia por cada extremo. Y el papiro sagrado fue desarrollandose lentamente....

Ben-Eliezer hizo un signo.

Terminada la solemne ceremonia de la Thora, el Gran Rabino salmadió las santas leyes concernientes al matrimonio, a fin de que los nuevos esposos no ignorasen ningun precepto.

Acabada la lectura

y vuelta la Thora a su sitio, el Gran Rabino dirigiéndose a los prometidos, sin nombrarles por sus títulos, porque ante el matrimonio, todos los hijos y las hijas de Jehová son iguales, les preguntó si consentían en unirse ante el Eterno.

¡ Sí!, respondió sencillamente Salomon.

¡ Sí!, respondió sencillamente Makeda.

Y cambiaron el anillo simbólico.

Un sacerdote llenó de vino una copa de oro en la cual los nuevos esposos bebieron

sucesivamente, en tanto que Ben-Eliezer pronunciaba estas palabras.

- Así partireis vuestros bienes.

Habia terminado la ceremonia. El hijo de David y la hija de Anquebo estaban unidos ante el Eterno.

Entonces, Salomon y Chakeda estrechamente unidos entraron en la cámara nupcial.

¡Esta escrito! "El esposo llevara a su mujer bajo su tienda".

Por eso las telas blancas de largos pliegues que cubrian las paredes de

La estancia se unieron, en un punto central del techo.

El lecho se alzaba al fondo, purpurado, enorme, elevado como un altar, largo como un mar.

Makeda, según el rito, despojo al esposo de sus vestiduras; también le descalzó, después de lo cual vistióle la blanca camisa nupcial de mangas cortas y abierta por el pecho, e hilada por ella. Le dijo sonriendo:

Desde el primer día en que te vi, sabía que sería tu mujer.

Salomon a su vez despojó a la esposa de los siete vestidos, siendo el primero que se puso por la mañana, el último que se quitaría por la noche.

Y así, primero fue la capa de brocado rojo; luego la túnica de raso azul; luego la de gasa albari-coque; después la de gasa naranja y la de seda verde; y por último la camisa amaranto. Salomon apartó todo solemnemente.

Y la purísima mujer apareció en su desnudez de oro que ningún hombre había visto.

Salomon, prosternado,
gozó largamente de aquella
perfeccion, con los ojos y
con el tacto.

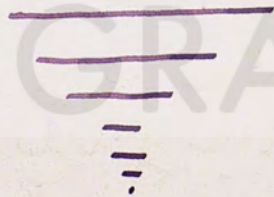
Despues la cubrió con
la camisa nupcial; un
manto de seda blanco
abierto por delante.

Era tomó en sus brazos
Subió, llevandola las
gradas del lecho.

Era depositó sobre la seda
purpura.

Se unió a ella.

Y la virgen fue mujer



Centro Documental

Archivo

XVI

« Yo te llevaré como
una bandera ».

Pasaron siete días
en la cámara nupcial
como prescribe la Ley.

Y cuando transcu-
-rió esta semana, el rey
de Judá y la reina de
Saba conocieron una dicha.

que era la recompensa
a la vez del refinamiento
de sus sentidos y de la
fuerza de su espíritu:

Makerda era dema-
-siado inteligente para ig-
-norar que un bello amor
no se rige como un Im-
perio. Quería que Salomon
olvidase a su lado hasta
la existencia de sus otras
esposas, y de las concubinas.
¡Pues bien! era necesario
que encontrase en su persona
esa variedad deseada por
el hombre.

En la sala de los
banquetes que se abría
sobre un luminoso jardín

lleno de flores y de pajaros, aquel rey de agudos sentidos encontraba cada dia un decorado nuevo. La ingeniosa Marcella habia hecho revestir los muros con un juego de telas disfonas cuyas combinaciones de colores podian modificarse a diario y aun varias veces por dia.

Con su conversacion, alegre o grave unas veces; de un supremo impudor en las horas de placer; sagaz y profunda en los momentos reservados a la politica, sabia siempre hacer brillar las facetas

mas diversas de su espiri-
-tu. Y cuando al fin, llegaba
esa hora en que la esposa
se muestra al esposo, sin
velos, aun entonces sabia
sorprender a Salomon
con la prodigiosa variedad
de sus sonrisas embriaga-
-doras, y de sus besos in-
-ventados.

¿ Como has podido
llegar hasta mi, tan pura
y tan sabia.?

Puede ser a fuerza de
haberte esperado ¡ oh mi
rey!

Pero no eran las con-
-cubinas las que amenza-
-ban la dicha de Uaxeda

y de Salomon....

Era fatal que una tan espléndida unión no hubiese despertado celos en Jerusalem.

Fue el día de la inauguración del circo que Salomon había hecho construir en honor de la reina; vasta extensión rectangular de dos mil codos de larga por mil de ancha. Después de diversas carreras en carro, muy disputadas, Makeda quiso correr también. El pueblo entusiasmado aclamó por dos veces su paso en tromba, ante el estrado

real....

De pronto, vieron todos que las riendas volaban de su mano. Viósela oscilar sobre el carro, llevada a una velocidad vertiginosa....

Un segundo más y era la muerte horrible bajo los cascos de los caballos del carro que la seguía....

Pero la reina, con una agilidad casi milagrosa, se puso de pie sobre la delantera del vehículo y saltó a la grupa de uno de los caballos, al que dominó con sus rodillas; le agarró de la cin y logró ponerle al paso...

Una rápida informa-
-cion permitió identificar
al culpable; Era un oficial
agregado a la persona
de una rica princesa de
Jerusalén llamada Samsi.
Bajo la instigación de su
señora, apasionadamente
enamorado del rey, aquel
hombre había hecho
cortar las correas, a un
palafrenero.

Esta vez fue Salomón
quien quiso castigar: la
muerte era el único cas-
-tigo a tal crimen. Mas
se opuso. Samsi conser-
-vó la vida y la
libertad. Únicamente la

seria prohibido abandonar
Jerusalén, y además llevaria
hasta su muerte, alrededor
de la cabeza, á guisa de
diadema una rienda
de caballo.

No era solo la eni-
-dia lo que amenazaba la
dicha de Salomon y de
Ulakeda....

Una tarde en que la
reina atravesaba una calle
de la ciudad en su litera,
un hombre vestido con el
pobre traje de los vendedores
ambulantes de tapices, logró
abrirse paso á través de
la escolta.

Ulakeda no pudo con-
-tener un estremecimiento;

habia reconocido a Nababassar, el fiel lugarteniente del principe Assadaron.

Ya el gigante negro habiase apoderado del asirio arrojandole lejos como a un trapo.

Pero Nababassar tuvo tiempo de deslizar entre las manos de Makeda, dos objetos. Uno de ellos la quemaba con el fuego de la curiosidad; el otro la helaba de terror. El primero era un mensaje, el otro una de las cuentas de aquel collar de ambra que partió en tiempos con Assadaron.

Desarrolló el papiro y leyó:

« Tu hermano, ¡oh
Ukarda!; tu hermano único
en el mundo, reclama la
ejecución de tus promesas.
Desligada del juramento de
virginidad, no perteneces
más que a él. Te esperaba
la próxima noche, a las
seis junto al pozo de Jerico.»

La noche que caía,
la pasó sin dormir.

Cuando cayó la se-
gunda, confió a un men-
sajero fiel, el encargo de ir
a las seis al pozo de
Jerico, para llevar una carta
en la cual suplicaba al
asirio que se alejase. ¿Es
que pensaba destrozar su
dicho. ? El, que la amaba,
¿se convertiría en su mas

cruel enemigo.?. Que
abandonase Jerusalem y
ella le enviaria a Tadjara
un largo mensaje en el
cual todo le seria expli-
-cado. Si lo exigia, iria
ella misma en persona
para hablarle!... Pero ¡por
piedad, que abandonase
la ciudad!

Esperaba febrilmente
la vuelta del mensajero.

El mensajero no vol-
-vio.

Se apoderó de ella el
terror. De aquel impetuoso
era de temer lo peor.

Y las noches de Makeda
cesaron de ser dichosas, con

gran angustia de Salomón al que no osaba declarar la causa de su tormento.

Y aquel primer secreto, oculto al que ella amaba más que a su vida, añadía oscuros remordimientos a las crueles zozobras de Makeda.

Sin embargo, habían transcurrido algunas semanas sin que el asirio se manifestase. Makeda recobró en parte su serenidad: Puede ser que haya salido de Judea, se decía.

Poco a poco volvió a su vida corriente.

Una mañana ansintió en ir con Salomón

a cazar la gacela en las orillas del Jordán.

El sitio mas propicio era un ribazo cubierto de tamarindos y de mirtos, cuyas pendientes amarillas y rosa bajaban hacia el rio. Un camino serpenteaba desde lo alto de la colina hasta las aguas; muy estrecho y abrupto, de suerte, que los carros se veian obligados a marchar uno á uno.

Alakeda, refrenando sus antilopes, avanzaba la primera.

Habia descendido la mitad de la pendiente cuando vio una gacela.

joven que gemía en el límite de la espesura.

Vio que el animal estaba ligado por la pata a un arbusto....

La mirada casi humana de estos sensibles animales emocionaba siempre a Ulaxeda. La cazadora se convirtió en una hermana compasiva.

Hizo signo de parar, a los que la seguían, descendió de su caballo para consolar a la pequeña bestia, demasiado joven para morir....

Mas apenas habia tocado tierra, cuando un hombre surgió de la espesura; un vendedor de tapices....

Yo era Nabamassar.

¡ Era Assadarón !

Makeda se paró, llena de espanto; quiso llamar....

Pero ya la mano del asirio la amonadazaba, y su brazo de acero, añendo. la por la cintura la llenaba a través de las rocas y de los matorrales espinosos. La llenaba al galopse de su caballo negro.

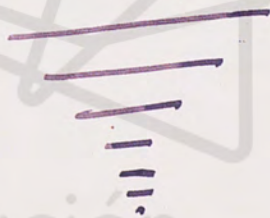
Allí, Salomon y su escolta habían estado varios minutos sin comprender, y esto permitió al raptor tomar una gran delantera. Cuando los jinetes del rey se lanzaron, el caballo del asirio no era ya mas que un punto negro

que huía entre la espesura rosa y amarilla.

Los judíos quisieron forzar la velocidad.... pero de todos los matorrales que bordeaban el camino salió una granizada de flechas. Varios jinetes cayeron, y en tanto que se entablaba una furiosa batalla entre los supervivientes y los guerreros de Assadaron surgidos del follaje, vestidos de vendadores de tapices, allí, el sobrino de Salmanaasar, tendido sobre el cuello de su cabalgadura llevaba su bella presa desvanecida....

« Si tu escoges otro hermano en tu corazón, yo volveré ¡oh Makeda! Apareceré como el relampago y te llevaré como una bandera. » había dicho doce años antes.

Lo que había dicho entonces lo hacía hoy.



Fundación

ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental

Archivo

— XVII —

El radió al primer
amor.

Marelda no estaba
desvanecida.

La que conduce ejer-
-citos no es mujer que ceda
al espanto ni a la sorpre-
-sa. Había cerrado los ojos
y con la inmovilidad de
una muerta sufría los

odiosos besos del hombre a quien ya no amaba; pero mientras tanto su espíritu velaba; sabia que el Jordán estaba muy próximo....

De un golpe se apoderó de las riendas dirigiendo el caballo hacia el agua....

El animal perdió pie casi enseguida, y su amo, asido a él nadaba con dificultad. Rapidamente, marcada mas a gusto con su ligera timida, se fue distanciando, dirigiéndose de una brazada a la orilla opuesta del

Jordan. Llegó la primera
y sin perder un instante
escaló la montaña que
bordea el río.

Asadarón la al-
-canzó a su vez.

Apenas hubo arro-
-jado una mirada sobre
aquellos lugares, compren-
-dió la astucia de Mafeda.

En vano intentaría de-
-meno llevarla en su ca-
-ballo. Sobre un terreno
tan rocoso el galope es
imposible; y además, ahora,
estaba aislado de sus
guerreros. Todo su plan de
raptó caía por tierra....

Però la pasión le

impulsaba a perseguir a la fugitiva. ¡ Tanto peor si no podía llevarla hasta su patria como había pensado! ¡ La poseería allí mismo sobre el duro lecho de las montañas de Judea! ¡ Que ella se diera o no, sería suya; conocería las delicias de aquel cuerpo soñado por él desde hacía tantos años!

Corría de roca en roca.... El deseo duplicaba sus fuerzas.... Se aproximó; llegó a ella, la empujó bajo un grupo de árboles...

Y sobre el suelo pedregoso lucharon entre-

-hazados y sangrantes >
aquellos dos seres que antes
se adoraban.

Era inútil que ella
intentase llamar a su
corazon, a su justicia, a
su clemencia:

¡ Soy la mujer de otro
ante Dios.!

Tu eres mía; tu has
jurado, repeta el, obsti-
-nadamente.

- ¿ Quieres destrozar
mi dicha y mi vida.?

Quiero mi bien.

¡ Pertenezco a un hom-
-bre que me ha liberado!
¡ Soy de él por entero en alma
y en carne!

¿ Y qué has hecho del

lazo de tu juramento.?

He sido desligada
por Salomon de todos
los juramentos.... Soy otra
entre sus brazos.... Noso-
tros no tenemos el mismo
Dios, Assadarion. ¿ Como
podria ser yo tu mujer.?
... ¡ Déjame, te lo suplico!
¡ Déjame si no quieres que
te odie !

- Pero ¿ me importa que
me odies. Mi Dios, es el
Dios de la fuerza; ¡ tendré
tu cuerpo o tu alma !

Ya, a pesar de las
mordeduras, la boca del
asirio se habia unido
a la de Makeda. La

una mano febril abría
la trínica....

Los arbustos se sepa-
-raron bruscamente.

¡ Levántate Assadarón!
¡ Assyr!, gritó Maxeda,
reconociendo a un oficial
de su guardia.

¡ Manassar! rugió el
príncipe Assadarón.

¿ Que quería decir esto?
¿ Conocía a Assyr Assada-
-rón bajo otro nombre?
Cierto, aquel hombre era
de origen asirio....

¡ Coje tu punal Assa-
-darón y batámosnos!

¿ Como puedes desafiar
a uno de los tuyos, traidor.?

¿Has olvidado entonces los ultrajes que sufre por tu culpa el príncipe Manassar, Assadarón.?

Makeda no intentó penetrar en el enigma. Con sus ojos espantados, vio a los asirios arrojarse el uno sobre el otro. Un cuerpo a cuerpo furioso los mezclaba; no se oía más que una doble respiración anhelante, angustiada....

Cayeron los dos, y en tierra se prosiguió la lucha inmisericorde.

Y al contemplar aquella lucha furiosa, ella, que nunca sintió miedo, se

vió invadida por una terrible angustia. Igual que los dos cuerpos rodaban por las rocas, así, los pensamientos de Alkeda rodaban en torbellino en su espíritu. No sabía ni lo que deseaba ni lo que temía: ¿Que Assur venciese a su raptor?

¿La muerte de Assadarion?
... Diríase que desfallecía Assadarion el invencible....

Sin duda; los esfuerzos hechos por él, durante la persecución, ¿habían agotado al desdichado?... De pronto, un dolor más punzante que el

producido por la punta
de un puñal; un dolor
que parecía subir de las
profundidades de su alma
de mujer joven, atravesó
con la rapidéz de la muer-
te, el corazón de Ulareda....

Un momento mas tarde,
dos barcas atravesaban el
Jordan.

En una estaba tendido,
desmayado, la reina de Saba;
en la otra, el cadáver san-
-guante de aquel á quien ella
habia amado tanto....

¿Quien era aquel Assyr
que con un tan profundo odio
se habia arrojado contra

Assadaron su compatriota.?

Era un hombre taci-
-turno y triste. Alaxeda le
habia encontrado un dia,
cuando cazaba en los al-
-rededores de Axum, medio
muerto de hambre y con
la ropa destrozada. Una
terrible y profunda cicatriz
atravesaba oblicramente
su cara. No obstante la
reina impresionada por
la nobleza de su actitud
y por la pobreza de sus
vestidos, le habia incor-
-porado a su guardia
personal. Los meritos ad-
-quiridos por Assyr le
proporcionaron ascensos

y honores. Makeda no sabía más de aquel desconocido, sino que venía del país de Assadarion....

Entre los brazos de Salomon, recobró la reina el conocimiento.

El rey la había envuelto con su capa, y la tenía abrazada.

No lejos de ellos se desarrollaba una triste y singular escena.

Aquel asirio que momentos antes se arrojaba tan furiosamente contra Assadarion ahora, honraba piadosamente los despojos de su enemigo, tendido sobre un improvisado

lecho. Habiale purificado, en-
-vuelto en su capa, peinado
con esmero. Despues de haber
besado su diestra en la
palma y en el dorso, intro-
-dujo entre los dedos del
muerto, su espada. Al fin,
abrió la túnica para que
pudiera verse el collar de
placas de oro donde se
grababan los anales de los
antepasados.

Nabamassar, llorando,
le ayudaba.

Cuando acabó el to-
-cado del muerto, todos los
guerreros asirios llegaron
uno a uno a depositar

sus armas al lado del jefe difunto.

Mientras, olvidando que un momento antes se habían encontrado con aquellos hombres en una lucha sin cuartel, los guardias de Salomon formaron ante el cadáver en actitud respetuosa porque ante la muerte declina toda hostilidad.

Makeda miraba la cara por siempre inmóvil de Assadarón.... ¡Que hermoso estaba con su palidez, acentuada por el negro profundo de las cejas, y de los

trenzada barba! Y no obstante aquella quietud solemne que imprime la muerte, parecia que el desgraciado Assadaron llenaba con el su tormento o la eternidad. Los párpados cerrados sobre las relucientes pupilas negras, apagadas para siempre; los rasgos sosegados, pero la boca contraída en un rictus supremo guardaba la expresion de una inmensa amargura; aquella boca que no habia tenido nunca lo que deseaba!

Por eso ulakedia

estaba triste; pensaba en lo que aquel hombre había sufrido por ella.

Salomón se inquietaba al verla temblorosa.

¿Por que tiembles todavía, mi bien amada? Ya no hay peligro. Quiero recompensar a Assyr que ha podido reducir al raptor, y traerme intacta a la que es mi vida misma....

Al oír estas últimas palabras el asirio se adelantó y dijo:

El príncipe Manassar no sabía aceptar ninguna recompensa, ¡oh rey Salomón!

¿Mamassar. ? ¡No creí
que te llamabas Assyr!....

Assyr es un nombre
falso que adopté al incor-
porarme al servicio de la
reina Makeda. Es un
príncipe de la familia
reinante de los Belochi's,
primo del Emperador de
Babilonia, el que te habla,
¡oh rey Salomon! y he
aquí su triste historia.

« La hermosa Semi-
ramis era mi prometida.
Esta princesa de alma
perfidia, un día se
Assadarion y se prendió de
el. El emperador quería
casar a Semiramis con su
sobrino. Assadarion rehusó.

«Mi corazón, dijo él, pertenece a una reina extranjera, bella como la mañana, casta como la perla en el fondo de las aguas»

«¿Y, ¿quién era esta perla?», murmuró Salomón, con voz un poco sorda.

«Makeda tembló».

El asirio parecía no haber oído la pregunta.

«Esta actitud del príncipe sumió a Semiramis en un furor profundo, prosiguió él. Quería demostrar a Assadarón que también era pura como aquella perla de que él hablaba; y su imaginación concibió

una atrocidad estratagemas.
Habiéndome hecho raptar
por sus gentes, me acuchil-
-ló la cara con un es-
-tilote y me hizo conducir
asi hasta Tadjara para
que supiese Assadaron que
ella no me amaba. ¡ Oh
dioses, cuanta crueldad
encierra la mujer para
el hombre que no ama!
Viendome asi desfigurado,
Assadaron pensaba en su
tío y temia su cólera.
Pensó en hacerme desapa-
-recer, y entonces, huyendo
yo de la vergüenza y de
la muerte que me acecha-
-ban, abandoné mi país.
Durante largo tiempo viví

de desierto en desierto, has-
-ta el dia en que para
mi salvacion, te encontré
¡oh reina misericordiosa!...
Y desde entonces, es como
si la feróz Semiramis
no hubiese existido jamas;
porque, quien te ha visto
¿puede acordarse de
otra mujer, ¡oh reina de
reyes. ? Y he aqui porque
Manassar ha matado a
Assadaron, dos veces su
rival.

Al acabar su narra-
-cion, el asirio volvió al
lado de su enemigo muer-
-to. Aquella triste historia

habia trastornado profundamente a Uareda.
¿ No la probaba todo aquello que el que acababa de morir la fue fiel hasta la muerte. ?

Entonces, espontáneamente fui a prosternarme junto al cadaver de Assadaron. Y desde el fondo de su alma le hablaba así:

¡ Oh desgraciado Assadaron, como me has querido y con que amor tan desesperado! Perdona-me a la que te hizo sufrir a pesar suyo; ve sus lágrimas, ve su

tremblor. Y sin embargo,
yo te lo juro, mi alma no
tiene remordimientos.

Puede que lo comprendieras
tu al fin. Fue liberada,
no podía ser tuya. ¡Déja-
me olvidarte ahora, que-
rido Assadaron, príncipe
de mi juventud! ¡Déjame
marchar en paz por la
vida del brazo del que
es mi esposo ante el
Eterno, mientras tu ca-
minas en paz con la
muerte! ¡Adios, adios
Assadaron!

Salomon entre tanto
miraba a su esposa y

meditaba.

Habia comprendido que entre Ulareda y aquel extranjero debió desarrollarse en tiempos pasados alguna juvenil aventura. Mas no la hizo ninguna pregunta, reserva que ella supo agradecer profundamente.

El sabía bien, pues leía en las almas, que con aquel hombre, acababa de morir el pasado de Ulareda.

En efecto; cuando estuvieron solos, ella exclamó arrojándose en sus brazos.

¡ Oh mi rey, ¡ rey de mi cuerpo y de mis pensa-

-mientos, yo no he amado
nunca mas que a ti!

Y ella lo creia. Verdad
es que el amor en su cenit
borra hasta el recuerdo
de los precedentes.

Y Salomon, lo creyo
tambien.



Fin del tomo II.

ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Indice.

| | |
|--|-----|
| La Perla se transforma... en reina de la maña. na..... | 1 |
| — | |
| Las leyes de la Perla.... | 14 |
| — | |
| Saba..... | 35 |
| — | |
| La mision del modisto de Nive..... | 38 |
| — | |
| La predicacion del as- -trólogo..... | 57. |
| — | |
| Y Makeda y Salomon se escriben..... | 79 |

El viaje a Judea..... 112.

Makeda entra en jeru.
solen..... 125.

Y Salomon la acoge.... 135.

El festin de Salomon.... 152.

La mayor turbacion
de Makeda..... 164.

La liberacion..... 187.

La ultima turbacion
de Makeda..... 211.

El agua sagrada 223.

El esposo llevara a su
mujer bajo su tienda.... 252

Yo te llevaré como una
bandera..... 261.

El adios al primer
amor..... 278.

Fundación
~~ANASTASIO~~
ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

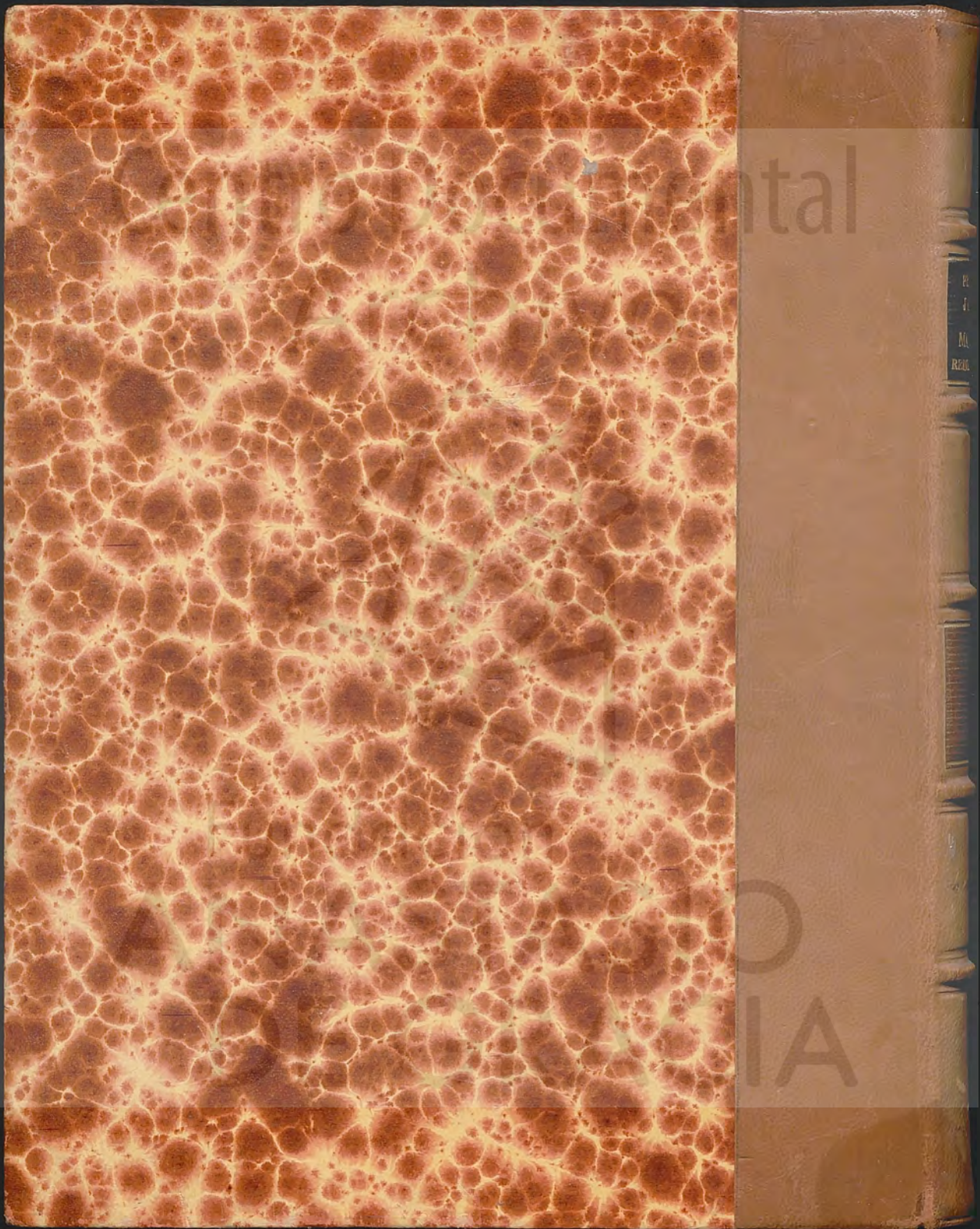
Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**







ntal

P. 1
M.
REEL

O
IA